

NACIÓN, ESTADO Y CULTURA: POR UNA HISTORIA POLÍTICA Y SOCIAL DE LA HOMOGENEIZACIÓN CULTURAL*

NATION, STATE AND CULTURE:
FOR A POLITICAL AND SOCIAL
HISTORY OF CULTURAL HOMOGENIZATION

Daniele Conversi
UPV/EHU - Ikerbasque Foundation

Entregado el 25-3-2012 y aceptado el 7-6-2012

Resumen: Ampliando el concepto de «nacionalización de las masas», el artículo explora los procesos de homogeneización cultural como un patrón recurrente en la formación y expansión del «estado-nación» europeo hasta después de la Segunda Guerra Mundial. Sostiene que estas prácticas no se pudieron concebir de una manera sistemática antes de la Revolución Francesa y las guerras que la siguieron. De hecho, la homogeneización a gran escala apenas fue posible antes del siglo xx, debido al menor control burocrático y la falta de tecnología militar adecuada. Con París como epicentro mundial, el proceso se extendió radialmente hacia el este a través de ondas progresivas de occidentalización.

Identificando el nacionalismo como identidad dominante de la era moderna, el artículo ilustra con gran cantidad de ejemplos sus solapamientos con patrones recurrentes de homogeneización cultural, particularmente una vez que el nacionalismo fue adoptado por el Estado. Sostenemos que las tres condiciones entrelazadas (la homogeneización cultural, el genocidio y el nacionalismo) llegaron a

* La mayoría de los estudios analizados y citados en este artículo adoptan una cronología anglosajona que considera el inicio de la «edad moderna» a partir generalmente de la Revolución Francesa (1789), o alternativamente de la revolución industrial, hasta 1914, 1945 o incluso hasta nuestros días.

su punto máximo durante las dos guerras mundiales y bajo el régimen totalitario construido sobre los intentos de prolongar los patrones de movilización de masas inducidos por la guerra.

En síntesis, el artículo afirma la necesidad de involucrarse en una historia social y política de la homogeneización cultural como un rastreo conjunto de largo alcance de los acontecimientos que afectaron profundamente a casi todos los aspectos de las sociedades modernas.

Palabras clave: Nacionalismo, estado, homogeneización cultural, genocidio.

Abstract: Expanding on the concept of «nationalization of the masses», the article explores the processes of cultural homogenization as a recurrent pattern in the formation and expansion of the European «nation state» until after World War II. It argues that such practices could not be systematically conceived before the French Revolution and the ensuing wars. In fact, large-scale homogenization was hardly practicable before the Twentieth century, mostly due to the lesser bureaucratic control and the lack of adequate military technology. With Paris as its global epicentre, the process radially spread eastward through waves of progressive Westernization.

While identifying nationalism as the dominant identity of the modern era, the article illustrates with a wealth of examples its recurrent overlaps with patterns of cultural homogenization, once nationalism is seized by the state. We maintain that the three intertwined conditions, cultural homogenization, genocide and nationalism, reached their peak during the two world wars and under the totalitarian rule built upon attempts to prolong the patterns of mass mobilization induced by war.

In synthesis, the article affirms the need to engage in a social and political history of cultural homogenization as a sweeping and far-reaching set of events which profoundly affected almost every aspect of modern societies.

Key words: Nationalism, state, cultural homogenization, genocide.

Introducción

Historiadores, sociólogos y politólogos han unido sus esfuerzos en una variedad de áreas y tareas. Dos de los campos interdisciplinarios más fértiles han sido la «formación del Estado» y la «teoría del nacionalismo», que rara vez se han unido. S(Eso?) sorprende porque históricamente uno se podría difícilmente concebir sin el otro, es decir, el nacionalismo ha estado estrictamente vinculado al poder político, con el Estado en el horizonte, y viceversa la construcción del Estado se aprovechó esencialmente desde el punto de vista de la movilización nacionalista¹. Se ha hablado desde hace mucho del «estado nación» como si fuera algo homogéneo. A menudo se ha reificado el estado nación como si ese concepto correspondiera a una realidad tangible, a una entidad unificada y homogénea desde el punto de vista subjetivo de sus habitantes². En las ciencias políticas y sociales ese concepto estuvo largamente sin discutir hasta por lo menos los trabajos de Walker Connor, que en 1972 apuntaba que la mayoría de los denominados «estados nación» eran y son en realidad estados plurinacionales (Connor 1972). Eso ha llevado a las ciencias sociales a la aceptación de un *nacionalismo metodológico* que toma el Estado como unidad absoluta para medir y comparar todos los fenómenos políticos, históricos y sociales (Chernilo 2006).

En realidad, aunque muchos lo intentaron, ningún estado completó sus proyectos de «nacionalización de las masas» e incluso el ejemplo clásico, el francés, ha sido puesto contra la cuerda a partir del monumental estudio de Eugene Weber (Weber 1976). Eso no quiere decir que las tentativas de homogenización cultural no tuvieran un impacto y unas conse-

¹ Una importante excepción es el trabajo de John Breuilly, que identifica varios tipos de nacionalismo tomando como ejemplo los casos clásicos de la Europa decimonónica, el mundo árabe, el nacionalismo anticolonial con sus nacionalismos «subnacionales», distinguiendo entre nacionalismo reformador, unificador y separatista (Breuilly 1994). En contraste con el enfoque de este artículo, el trabajo de Breuilly se centra en el Estado como catalizador, más que motor, del nacionalismo, definiendo ese último como una «forma de política que surge en oposición al Estado moderno» (Breuilly 1994).

² La mayoría de estudiosos políticos, historiadores y sociólogos ha compartido este enfoque estado-céntrico hasta entrada la década de los 1970s, ejemplificado por la teoría de la comunicación de Karl Wolfgang Deutsch (Deutsch 1953). Sin embargo, no fue este el caso de la antropología, en particular la escuela estadounidense de Franz Boas, ni de los lingüistas participantes del «principio de relatividad lingüística» como Benjamin Lee Whorf y, en la intersección entre antropología boasiana y ciencia lingüística, Edward Sapir (Fishman 1982).

cuencias dramáticas, que en algunos casos acabaron con culturas milenarias. Lo que importa aquí es que más difícilmente acabaron con el sentido de comunidad étnica política o pre-política, facilitada por la persistencia de las fronteras de identidad subjetiva.

La debacle mas grande surgió a partir de la actuación de importantes y nuevos actores políticos que actuaban en nombre de «naciones sin estado» (Melucci and Diani 1983). Cuando los teóricos del *nation-building* pensaban que las minorías nacionales estaban a punto de asimilarse, éstas empezaron a movilizarse colectivamente y, de esa manera, poner en discusión la unidad práctica y simbólica del estatalismo clásico. Ese estatalismo tenía un componente cultural determinante. La cultura fue quizás mas importante que la etnicidad en la construcción de los modernos «estados-nación», incluso de los mas «eticistas» y mono-étnicos. Casi siempre se trató de una cultura entendida como algo homogéneo y rígido, altamente reglamentada y estandarizada, que los estados intentaban imponer a sus ciudadanos *nonens volens*.

En general aún no se ha escrito una historia social de la *homogeneización cultural*. Eso es sorprendente si se considera que sus consecuencias humanas han sido inmensas y de largo alcance. No obstante el giro cultural (*cultural turn*) de la década de 1990 en la mayoría de las ciencias sociales, el papel de la cultura en la construcción del estado sigue siendo un tema poco investigado³. La fijación post-moderna sobre la «maleabilidad» y «flexibilidad» de la cultura no facilita esa tarea, precisamente porque la cultura como se ha practicado e impuesto en esos contextos estaba planteada como algo extremadamente rígido, fijo y predeterminado, y sólo maleable por el poder político en específicas circunstancias de manipulación de masas. De esa manera los enfoques «postmodernos» que consideran las culturas como infinitamente maleables son de escasa utilidad y solo en cuanto consideren que esa maleabilidad fue largamente uni-direccional, reflejando la voluntad de las elites políticas de plasmar los ciudadanos unilateralmente, no obstante varias formas de resistencia, que no de rebelión. Tal uni-direccionalidad está bien documentada en estudios de historia social (Scott 1998) o de relaciones internacionales (Rae 2002).

Los ejemplos clásicos de nacionalización «negativa» de los estados incluyen la prohibición de las lenguas minoritarias, con el fin de con-

³ En un intento de superar esa laguna, se han recogidos los textos clásicos de Pierre Bourdieu, los neo-weberianos de Philip S. Gorski y otros en un volumen sobre la «la formación del Estado y el giro cultural» (Steinmetz 1999).

seguir la asimilación y establecer un monolingüismo estricto. La historia contemporánea está llena de ejemplos de leyes discriminatorias contra lenguas minoritarias y prácticas culturales específicas (véase Fishman 1997; Romaine 2002), que a menudo rayaban en prácticas de «genocidio lingüístico» o *lingüicidio* (Skutnabb-Kangas 2000). El efecto aplastante de la homogenización fue tan profundo y capilar que se creía que el bilingüismo podría constituir un amenaza al desarrollo y a la comunicación humana (Fishman 1997). Muchas lenguas minoritarias llegaron al borde de la extinción, pero, además de la lenguas, se perdieron enteros sistemas culturales de conocimiento relacionados con culturas preindustriales, que hoy en día se reconocerían como «sostenibles». Considerando el ligamen intrínseco entre cultura y humanidad, estudios recientes han usado el término «genocidio cultural» en el sentido estricto de «asesinato de la cultura» (Davidson 2012).

Puesto que el pensamiento y la práctica nacionalistas tienden a confundir la *cultura* con la *nación*, y por tanto con la *etnicidad* (Fenton 2010), existe una alta correlación entre las políticas de homogeneización cultural y de discriminación étnica. Como veremos, el genocidio y la limpieza étnica pueden describirse así como intentos extremos de homogeneización, y los dos procesos fueron muchas veces simultáneos⁴. Algunos autores incluyen estas prácticas dentro del proceso más amplio de la «construcción del Estado», pues a partir de la revolución francesa los estados modernos se concibieron como instituciones aplastadoras y homogeneizadoras (Rae 2002).

La homogeneización cultural es algo distinto de la «homogeneidad». Si, por un lado, se puede documentar históricamente como la homogeneización cultural haya evolucionado en determinados países, por otro lado la homogeneidad de por sí es una construcción ideológica. La idea misma de «homogeneidad» entre seres humanos presupone la existencia de una comunidad orgánicamente unida y no describe un fenómeno real. A los ojos de muchos líderes políticos de los siglos XIX y XX, el objetivo de «hacer pueblo» suponía no solamente conformidad y normalización, funcionalidad y eficiencia, sino también obediencia a las leyes comunes del Estado. Después de la primera guerra mundial, y considerada la asimilación

⁴ Aparte de algunos estudios sobre la *Gleichschaltung* nazi (Bracher 1972; Caplan 1988; Shōichi 1998), existen varios estudios de caso sobre la relación entre genocidio y destrucción del patrimonio cultural de un pueblo como en el caso bosnio, los nativos americanos, los armenios y los kurdos (Üngör 2011a: 170-217).

como una medida inadecuada, se aplicaron planes para el traslado de poblaciones enteras en actos de «ingeniería demográfica» altamente documentada (Suny et al. 2011; Üngör 2008; 2011a; 2011b; Zarkovic Bookman 1997). En su tiempo, esas formas de «gestión de la población» se idealizaron como intentos de «paisajear el jardín humano» (*landscaping the human garden*) (Weiner 2003).

En síntesis, ese artículo aplica el concepto de homogenización cultural a la evolución del estado moderno conectándolo con el nacionalismo de matriz estatalista. Además, identifica la conexión entre la homogenización cultural y hechos extremos como la guerra y el genocidio, explorando las continuidades y causalidades entre ellos.

1. Las raíces históricas de los intentos de homogeneización

Antes de entrar en un análisis más amplio de las políticas de homogeneización cultural, tenemos que preguntarnos si se trata de un fenómeno totalmente moderno o si ha habido precedentes o políticas similares en la época premoderna o temprano-moderna. ¿Hubo antes algo vagamente similar al tipo de homogeneización que se llevará a cabo con la construcción del Estado de la edad contemporánea? En línea con la mayoría de estudios, aquí demostramos que la respuesta es aplastantemente negativa. Partiendo de las teorías del nacionalismo, se puede aplicar a la homogeneización cultural (y a la construcción del estado moderno) unos enfoques alternativos y casi mutuamente exclusivos.

El campo interdisciplinar de los estudios de nacionalismo se ha caracterizado por una oposición entre *perennialistas*, que argumentan que las naciones son entidades pre-modernas que emanan de la antigüedad, y *modernistas*, quienes argumentan que las naciones sólo pueden ser concebidas en los tiempos modernos (Smith 2004; 2010). La mayoría de los enfoques son «modernistas» (Conversi 2006b; 2012b). Entre los perennialistas a menudo encontramos a los mismos nacionalistas, en particular cuando su carrera política se basa en la capacidad de pintar su nación como una entidad eterna, inmutable y por tanto indiscutible. Anthony Smith (1998) propuso como «tercera vía» un enfoque más matizado, el *etno-simbolista*, que admite un cierto grado de continuidad en las pautas comunitarias de convivencia con entidades preexistentes, las *etnias*, pero también reconoce que éstas sólo podrían transformarse en las condiciones actuales de la modernidad y en marcos plenamente institucionalizados para la gobernabilidad.

Queda un asunto pendiente, si las naciones pueden concebirse con la formación de elites premodernas que compartían un sentido de descendencia común (Hastings 1997), o solo se puede hablar de nación cuando ese sentimiento de pertenencia se transmitió y difundió a la mayoría de la población (Connor 2004). La segunda opción prevé un fenómeno de difusión que fue ejemplificado por la homogenización cultural. Pero, ¿podía pasar eso antes del advenimiento del «estado-nación» moderno?

Las persecuciones religiosas que habían manchado periódicamente la historia de Europa raras veces llevaron a la eliminación de comunidades enteras, como los cátaros y albigenses en Francia (Costen 1997; Weis 2001) y los bogomilos en los Balcanes (Obolensky 1948)⁵. Pero los objetivos no eran las diferencias culturales *per se*, sino la oposición y la disidencia «ideológicas». Además de propugnar un estilo de vida propio, cada religión puede considerarse como un sistema ideológico completo y autosuficiente. Por tanto, las doctrinas religiosas heterodoxas representaban amenazas sustanciales para las instituciones y para el sistema de poder, legitimando formas de autoridad alternativas que las elites dominantes no podían aceptar fácilmente, puesto que parte de su propia legitimidad derivaba de su carisma religioso.

El caso de la eliminación cultural y física de los moriscos y conversos a partir de los edictos del 1492 no tuvo precedentes y se asemeja a las modernas prácticas de limpieza étnica. Como se sabe, la persecución inicialmente religiosa de las minorías ibéricas se transformó pronto en persecución étnico-racial, una vez que esas minorías fueron asimiladas perdiendo gran parte de su organización autónoma, instituciones culturales e identidad religiosa. Además, bajo los Reyes Católicos se consumó la derrota militar y el exterminio de los aborígenes canarios, los guanches, que, como ya reconocía Fray Bartolomé de las Casas (de las Casas 1552), fue un preludio a la destrucción de los indígenas en América (Clavero 2002).⁶

Menos dramáticas, pero quizás aún más significativas, fueron las consecuencias de las guerras de religión europeas del siglo XVI. A raíz de la

⁵ Según algunos autores, Languedoc en el siglo XIII fue teatro de un «genocidio del otro ideológico» que ya incluía los rasgos esenciales del énfasis civilizador, que justificó tanto las masacres coloniales como los genocidios del siglo XX (Powell 2011: 165-200).

⁶ En línea con el enfoque de ese artículo, el trabajo de Bartolomé Clavero refleja bien la conciencia incipiente del paralelismo entre homogenización y genocidio. Véase también la página web «Bartolomé Clavero Ensayos, opiniones y actualidad», <http://clavero.derechosindigenas.org/> (acceso: 8 de julio de 2012).

Reforma Protestante, los conflictos religiosos engulleron grandes áreas del continente. Tras la Paz de Augsburgo (1555), el principio de *cuius regio, eius religio* no pudo evitar las feroces guerras, que se llevaron a cabo en parte con el fin de que el territorio del Estado se hiciera más «congruente» con el credo religioso de los monarcas. Constituían intentos de control ideológico, antes que cultural, donde el afán de control dio lugar a la expulsión y a la masacre de las minorías religiosas. Sin embargo, esos episodios carecían de la calidad sistemática y obsesiva de la moderna construcción del Estado, ni tampoco los estados poseían el aparato burocrático-policial necesario para llevar a cabo políticas de nacionalización, control y «masificación».

Los masacres de la víspera de San Bartolomé (1572) sometieron a los hugonotes de París y otras ciudades a pogromos terribles (Carmichael 2009). Los hugonotes se habían expandido rápidamente como fuerza militante incorporando una porción significativa de la nobleza, y la dinastía de los Valois se sintió amenazada. Las masacres empezaron en París y luego fueron emuladas en otras provincias. Después de la Batalla de Lepanto (1571), el fanatismo anti-musulmán se había extendido en varias áreas de Europa, pero alcanzó su clímax en países como Francia y España, que habían establecido su propia identidad como «baluartes» de la civilización occidental. Si «después de Lepanto el llamamiento del Papa a favor de la unidad de los cristianos queda sin respuesta en naciones como Francia» (Asuero 2010: 114), las élites francesas estaban dispuestas a apoderarse de estos sentimientos y organizarlos en una cruzada anti-protestante. A pesar de que los no-cristianos fueron los primeros en ser atacados, los protestantes también se convirtieron en el blanco de una nueva intolerancia.

2. Exterminios y homogeneizaciones coloniales

En la era de la expansión imperial moderna, los actos de exterminio se llevaron a cabo ostensiblemente más allá del control directo del Estado a través de una política «liberal» del *laissez-faire*. La liberalización económica que acompañó las expansiones coloniales llevó a la depredación del medio ambiente, con sequías y inundaciones, hambrunas masivas, el avance de nuevas enfermedades y micro-cambios climáticos regionales, así como a merecer el apelativo de «holocaustos victorianos» en el caso del imperio británico (Davis 2001).

La expansión imperial europea co-evolucionó con la acumulación de poder político en el ámbito de los «Estados nación» decimonónicos. Pero la ferocidad y la sangre derramada en lejanos países exóticos resultaron aún más eximidas de condena que las mismas masacres contra las minorías étnicas europeas. Masivas violaciones de derechos humanos podrían ser llevadas a cabo por potencias imperiales rivales en lugares lejos del escrutinio doméstico. La historiografía más reciente ha podido averiguar una mínima parte de esas masacres, y esa labor monumental sólo ha empezado⁷.

El vínculo entre la homogeneización cultural y los genocidios imperiales se puede encontrar a lo largo de casi toda la historia de la expansión colonial de Occidente. En el caso de Norteamérica, al tiempo que se asistía al declive demográfico de los nativos americanos, la destrucción de la cultura indígena o «americanización» se completaba a través de una sistemática política de asimilación. Mucho antes de la era de los medios de comunicación de masas, ésta se realizaba principalmente con la escuela y la introducción de la enseñanza obligatoria (Hoxie 1984). Por ejemplo, la experiencia del internado (*boarding school*) ha sido definida como «educación para la extinción» (Adams 1995) e incluso como «genocidio por otro nombre» (Churchill 2004)⁸. El desplazamiento demográfico y la asimilación cultural impuestas sobre los nativos de Hawai han sido también identificados por su carácter «genocida» (Bushnell 1993; Kinzer 2006).

Según Edward Said, la búsqueda de la modernidad colonialista se basaba en principios de clasificación y control sistemáticos de «dividir, distribuir, esquematizar, tabular, indexar y registrar todo lo que está a la vista (y fuera de la vista), para hacer de cada detalle observable una generalización y de cada generalización una ley inmutable» (1995: 86). Esta obsesión moderna con medir y jerarquizar cada cosa y ser viviente fue un rasgo de la modernidad imperial que experimentaron en su propia piel y con par-

⁷ Sobre las atrocidades del régimen de Leopoldo II de Bélgica en Congo, véase Hochschild (1998). Sobre sus consecuencias biológicas y la relación entre salud pública e ingeniería social, véase Lyons (1992). Sobre las masacres indiscriminadas de varios gobiernos italianos en Libia, Etiopía y otros lugares, véase Del Boca (2005). Sobre las masacres británicas de los Kikuyu en Kenya, véase Elkins (2005). Sobre el genocidio de los Hereros y Namaqua (Namibia) por las tropas coloniales alemanas entre 1904 y 1907, véanse Gewalt (1999; 2004) y Zimmerer y Zeller (2008).

⁸ El modelo del *internado* se exportó a varios países, desde la Unión Soviética hasta Turquía, donde se han encontrado similitudes sorprendentes con las políticas genocidas de varios gobiernos turcos en sus tentativas de «civilizar» a los kurdos destruyendo su cultura (Üngör 2011a: 204-211) y en China entre los uigures y los tibetanos.

ticular acritud los súbditos coloniales. Antes de la Ilustración, ya era observable en los métodos usados por las élites españolas en clasificar a los nativos americanos con su distinción entre «bárbaro» y «civil», que permanecerá casi constante en los siguientes cuatrocientos años a partir de 1512, año de la invasión del reino de Navarra y de la promulgación de «las leyes de Burgos» para el regimiento y tratamiento de los indios (Pagden 1982)⁹. La tecnología de la toma de huellas dactilares fue introducida en el Imperio Británico mientras Gran Bretaña se mostraba reacia a aplicar estas mismas medidas de vigilancia y control en territorio británico (Sengoopta 2003).

Por fin, algunos autores han captado bien como «prácticamente todas las iniciativas relacionadas con las “misiones civilizadoras” del colonialismo fueron precedidas por programas comparables para asimilar y civilizar a sus propias poblaciones de clase baja (...). La diferencia, quizás, es que en el ambiente colonial los funcionarios tenían mayor poder coercitivo sobre una población objetivada y ajena, permitiendo así mayores proezas de ingeniería social» (Scott 1998: 378, note 319)¹⁰.

Por otro lado, los imperios en fase de retirada territorial han generado el ascenso de nuevas elites nacionalistas que han desencadenado campañas de genocidios «preventivos», con la eliminación de poblaciones supuestamente desleales (Levene 2005; Lieberman 2006: 277-335). Como veremos, la desaparición del imperio otomano trajo olas de genocidio sin precedentes históricos contra la mayor parte de sus minorías étnicas, religiosas, tribales y lingüísticas (Jones 2008; Melson 1992; Üngör 2011a). Le precedió el desplazamiento masivo y la limpieza étnica a gran escala de los turcos y otros musulmanes que huyeron de Grecia, Bulgaria, Serbia y varios países cuyas nuevas élites se dedicaban a «homogeneizar» a sus súbditos (Lieberman 2006; McCarthy 1983; 1995; 2001)¹¹. Se han

⁹ Los trabajos analizados por Pagden incluyen los análisis del antropólogo jesuita José de Acosta sobre los indios de México y Perú, del misionero etnólogo y naturalista Joseph François Lafitau sobre las costumbres y tradiciones de los iroqueses. También los trabajos revolucionarios del teólogo Francisco de Vitoria sobre los derechos de los indios y del más influyente «campeón de los indios», Fray Bartolomé de las Casas, ambos fundadores del derecho internacional moderno.

¹⁰ Sobre la relación entre genocidio y «civilización», véase también Powell (2011: 126-163).

¹¹ La guerra de Francia contra Argelia (1954-1962) fue acompañada por procesos de asimilación forzada y provocó 1,5 millones de muertos, el «re-agrupamiento» de más de 2 millones de argelinos y 1,4 millones de refugiados que recalaron en Francia (Branche 2004).

considerado los genocidios coloniales desde Tasmania hasta Canarias y Argentina como casos de exterminio radical. Pero, ¿hasta qué punto pueden compararse las empresas imperiales con la actividad brutal y omnipresente del Estado centralizador moderno, particularmente en tiempo de guerra? En cuanto a dimensiones y precisión de ingeniería social, la ideología legitimadora del Estado moderno está anclada en la supremacía de la etnia dominante, así como en la promesa de «progreso ilimitado».

3. La matriz jacobina

La revolución francesa constituye el punto de partida para una posible historia política y social de la homogeneización étnica y cultural. Aunque puede ser difícil asignar un inicio concreto a tales procesos, varias formas de «ingeniería» cultural y social se combinaron por primera vez bajo el gobierno jacobino de París. Al mismo tiempo, el uso revolucionario del terror para reprimir colectividades enteras representa un «cambio de paradigma» sustancial (Levene 2005: 101-211)¹². Con la Revolución Francesa, la eliminación física de adversarios ideológicos-culturales fue perseguida en el marco de esfuerzos más amplios de «nacionalización» de las multitudes. Este impulso movilizador/homogeneizador fue ampliamente compartido por casi todas las élites revolucionarias francesas. Facciones opuestas, como girondinos y herbertistas tenían ideas opuestas acerca de cómo lograr la unificación de los franceses bajo sus respectivos liderazgos y también tenían diferentes visiones sobre el producto final de esas prácticas de homogeneización, pero compartían el objetivo de implicar a las poblaciones en el proceso revolucionario, al mismo tiempo que intentaban tener bajo control a los temidos «excesos de la multitud». De eso surgió en gran parte el atractivo del nacionalismo como la ideología dominante de la Revolución Francesa (Conversi 2008; 2012b). El impulso unificador contrarrestaba la creciente inseguridad que percibían las élites parisinas obsesionadas por la traición y la aparición de quintas columnas de «reaccionarios». La paranoia nutrida por la venganza diezmó a la dirección revolucionaria y oleadas de masacres acompañaron la caza del adversario ideológico.

¹² Cf. la versión elogiosa clásica de la revolución como indiscutible fuerza de progreso, replicada acríticamente por la mayoría de historiadores marxistas, incluso Eric J. Hobsbawm (1990a).

Por otro lado, el impacto de los símbolos comunes trascendía las habilidades literarias, de modo que incluso los analfabetos podían ser fácilmente movilizados: el culto a la bandera tricolor y el canto de *La Marseillesa* llegó a representar antes la lealtad al cuerpo de la nación. Para los dirigentes revolucionarios, la cultura común parece ser una garantía de obediencia y lealtad. De ahí que el Abad Baptiste-Henri Grégoire (1750-1831) abogó por la erradicación sistemática y hasta la raíz de todas las diferencias lingüísticas (Grégoire 1995; Grégoire and Convention Nationale 1794).

El nacionalismo, la homogeneización y la militarización de la sociedad se presentaron de manera simultánea por primera vez en la Francia post-revolucionaria. Aunque todavía hay desacuerdos sobre si los fenómenos de genocidio o similar habrían podido ocurrir anteriormente, con la Revolución Francesa se estableció toda una serie de precedentes. En particular, la sublevación de la Vendée (1793-96) ha sido identificada como el primer escenario moderno de genocidio hasta la raíz (*root-and-branch*) (Jones 2006b). Los historiadores franceses han debatido si esto puede ser descrito como genocidio, «clasicidio» (Mann 2005) o, más bien, «populicidio» (Lebrun 1985). Según Secher (2003), por lo menos el 14% de los habitantes de la Vendée (117.257 personas) fueron exterminados entre 1792 y 1802. Más controvertidamente, el fallecido escritor católico Michael Davies (1997) hablaba de 250.000 masacrados. Para Simon Schama (1990), «en ninguna parte, tanto como en la zona de la Vendée [...] el terror [revolucionario] cumplía con el dicho de Saint-Just de que la *República consiste en el exterminio de todo lo que se opone a ella*». Entre los vendeanos la resistencia anti-París fue una lucha popular en nombre de la libertad individual contra la opresión y el despojo por parte del Estado (Secher 2003). La represión estatal se caracteriza en la Vendée, Lyon y otros lugares como una serie de «horribles ejecuciones en masa por metrallas, cañones y ahogamientos en grupo» (Scurr 2006: 256). París atacó y contraatacó en el nombre del pueblo francés. Esa centralidad del concepto de pueblo soberano hace de Francia el lugar de nacimiento del populismo moderno, un actitud emblemáticamente representada por la figura solitaria de Maximilien Robespierre, el paradigmático tirano que manifestaba una confianza casi ciega en la voluntad del pueblo (Scurr 2006: 21-24 y 170). En general, con su terrorismo de estado el Reino del Terror anticipó muchos rasgos de las políticas totalitarias y genocidas que llegaron a ser trágicamente comunes a lo largo del siglo XX. Los aspectos mas «eliminacionistas» de las políticas jacobinas incluían la «des pobla-

ción» planificada y programas cuasi-eugenésicos destinados a «desinfectar» el campo del «conservadurismo ideológico» y del «atraso cultural». Mark Levene (2005: 103-162) afirma que la *performance* revolucionaria en la Vendée condensa la búsqueda de homogeneidad entre nación, estado, gente e ideología que sería compartida por los regímenes totalitarios del siglo XX.

4. La construcción del Estado y la centralización

La responsabilidad de las instituciones del Estado en el asesinato masivo no es siempre fácil de evaluar. Hemos tomado nota de cómo los genocidios imperiales y coloniales se llevaron a cabo en áreas remotas donde el Estado central apenas ejercía control. En tiempos más modernos, el papel del Estado ha sido fundamental, aunque algunos especialistas se han mostrado escépticos dirigiendo su atención a los ciudadanos comunes como co-responsables de genocidios usando términos debatibles como «extremely violent societies» (Gerlach 2010). Pierre van den Berghe define los Estados modernos como «máquinas de matar» (Berghe 1990: 1) y Tilly (1985) los describe como «estafas (*rackets*) de protección».

Por otro lado, hay quien describió la homogeneización cultural como el producto inevitable de la industrialización. Para Ernest Gellner (2006), tras la destrucción de los antiguos lazos sociales rurales y estilos de vida agrícolas, el nacionalismo propuso una nueva forma de cohesión social. El industrialismo requiere una cultura estandarizada y la única institución capaz de organizar y sostener la difusión de esta cultura «alta» ha sido el «Estado-nación» occidental. El principio de homogeneización de Gellner define el nacionalismo como «un principio que sostiene que la unidad política y la nacional deben ser congruentes» (2006:1). Ex-campesinos desarraigados y recién urbanizados se transforman en reclutas de una nueva jerarquía industrial en el escalón más bajo como mano de obra totalmente reemplazable y prescindible. Eso son los hombres «modulares», es decir, «capaces de realizar tareas muy diversas en el mismo *idioma* de cultura general» (Gellner 1994:102). Pero Gellner no aprecia que ese proceso se llevó a cabo junto con la militarización de la sociedad y a través de una reglamentación cada vez mayor de la vida de los ciudadanos.

5. El militarismo y la uniformidad

Puesto que los procesos de homogeneización y uniformización más radicales fueron facilitados durante o inmediatamente después de las guerras, el militarismo tiene implicaciones relevantes para el estudio de dichas políticas de «estandarización» de comportamientos e ingeniería cultural. Una vez más, la idea de que todos los ciudadanos deberían ser reclutados en masa en nombre de una idea inicialmente abstracta como fue la de patria, se estableció en la Francia post-revolucionaria. El pensador militar más influyente de los siglos XVIII y XIX no fue von Clausewitz sino el noble Jacques-Antoine-Hippolyte, conde de Guibert (1743-1790), un analista militar admirador del «déspota ilustrado» Federico II de Prusia (1712-1786), que a su vez acabó siendo el «modelo» de Napoleón Bonaparte. Su *Essai général de la Tactique* (1772) argumentó en esencia que las guerras del futuro se combatirían por enormes ejércitos de soldados de reemplazo movilizados en nombre de un sentimiento común de lealtad a la patria. Como señala Simon Schama, en marzo de 1788 «fue Guibert, una figura cortada con el patrón del «antiguo régimen», el verdadero artífice del predominio militar francés en los años siguientes (como Napoleón libremente reconocería más tarde)» (Schama 1990: 214)¹³. Curiosamente, Guibert nació en la localidad occitana de Montauban, en el suroeste de Francia, cuyo pedigrí histórico de persecución incluye los estragos de la cruzada contra los albigenses en el siglo XIII, la Inquisición y la conversión en masa de sus habitantes al protestantismo, la demolición de la catedral, la rebelión hugonota (1621), la destrucción de su antigua muralla y de los edificios principales por el cardenal Richelieu, y la expulsión de sus habitantes después del edicto de Fontainebleau promulgado por Luis XIV en 1685 que revocó el edicto de Nantes (Prestwich 1988; Wilson 2011). Después de Guibert, Schama describe la *levée en masse* de 1793 como «una institución creada en un arrebato de entusiasmo romántico evolucionando hacia un brazo del Estado profesionalmente organizado y altamente disciplinado [...] La *levée* nació de la desesperación: un intento de movilizar a la población en las zonas en peligro inmediato de ser invadidas [...] A los campesinos se les dio adiestramiento y armamento rudimentario (a veces con nada más que sus horcas y cuchillos de caza) para defenderse

¹³ Michel Foucault percibió que la obra de Guibert ya proponía que «los militares, y con ellos los técnicos de la disciplina, elaboraban los procedimientos para la coerción individual y colectiva de los cuerpos» (Foucault 1979: 164).

de los austriacos. [...] En su encarnación original, entonces, la *levée* quería ser una explosión espontánea de entusiasmo material con la participación de un gran número de hombres, poco organizados y distintos del ejército profesional» (Schama 1990: 646-647).

Inicialmente, Robespierre se opuso a la guerra por temor a que sus rivales girondinos pudieran utilizarla para eliminar a los «verdaderos revolucionarios» (Scurr 2006: 165-197), mientras Danton y otros líderes revolucionarios abrazaban el concepto de Guibert de un llamamiento general a las armas. Para convencer a los ciudadanos de unirse al ejército era necesaria una propaganda sin precedentes. Esta incluía la difusión de un alarmismo paranoico y de mentiras salpicadas de mitos, llamadas a la «autodefensa» nacional contra «hordas» extranjeras y, eventualmente, amenazas abiertas. La mera posibilidad de perder la guerra era anunciada como el retorno a la esclavitud. Por último, llegarían los «antropófagos» para sembrar una terrible venganza, apoderándose de la propiedad de los campesinos, esclavizando a sus hijos y violando a sus mujeres (Schama 1990: 648).

Durante las guerras revolucionarias pudo observarse *in vitro* la intensificación de la relación entre aparatos militares y educativos. Considerando que el adoctrinamiento militar prevé el desarrollo del carácter social, el nacionalismo jugó un papel crucial en la militarización de la sociedad. La extraordinaria movilización producida por las guerras conllevó a un primer ejemplo de incipiente «nacionalización de las masas». Pero muchos de los ejércitos derrotados por los franceses terminaron imitando a los vencedores. En particular, Prusia compartió con el rival francés la carrera armamentista y la centralización progresiva y agresiva por la vía del patriotismo étnico. Los modernos uniformes militares ya habían aparecido en 1718 en Prusia, con el objetivo de fomentar un sentido de unidad a través de la «uniformidad» (Purdy 1998: 197). En el siglo siguiente, el militarismo se extendió a la sociedad en general, tanto como disciplina cuanto como simbolismo patriótico.

El énfasis en la uniformidad y la visión napoleónica de la «nación en armas» cobró impulso y tuvo un impacto global que transcendía las fronteras europeas. A través de Alemania, se emuló en lugares tan lejanos como Turquía, donde la educación obligatoria fomentó el «complejo militar-nacional» y convirtió el militarismo en el «mito fundacional del nacionalismo turco. La militarización de la educación laica llevó a la superposición y confusión entre la identidad nacional y el militarismo. Mientras que la escuela funcionaba como un entrenamiento para la vida militar, el

ejército se convirtió en la escuela de la nación (Altnay 2004). Luego se extendió rápidamente hacia el este desde Rusia a Japón, donde los tecnócratas Meiji (1870-1881) transformaron el sistema de los samuráis en el Ejército Imperial del Japón. Los maestros de escuela japoneses se entrenaban en cuarteles, mientras las escuelas primarias y secundarias actuaban como organismos de adoctrinamiento nacional y preparación para la vida militar (Harries and Harries 1991).

En 1917, cuando EE.UU. entró en la Primera Guerra Mundial, el presidente Woodrow Wilson creó la *Commission on Training Camp Activities* (Comisión sobre las actividades de campo de entrenamiento) para asegurar la pureza del entorno de la vida de cuartel y para vigilar y controlar la bebida, el sexo ilícito y la plaga de enfermedades venéreas que afectaban a los campos de entrenamiento militares. A partir de ese momento, los campos de entrenamiento militar «moldean no sólo soldados, sino ciudadanos ejemplares que, después de la guerra, podrían regresar a sus comunidades, difundiendo en todo el país los valores urbanos, de la raza blanca y de clase media (Bristow 1996)». Los esfuerzos de reforma cultural incluían el uso de películas, bailes, ejercicios y libros¹⁴.

Los gobernantes de muchos países, particularmente en la Europa de los estados nación, desarrollaron deliberadamente el servicio militar obligatorio como herramienta para impulsar la «cohesión social y la docilidad política de las masas» (Bond 1986: 32). Según Charles Tilly, «la guerra en sí se convirtió en una experiencia de homogeneización en la cual soldados y marineros representaban a toda la nación cuando la población civil sufrió privaciones y responsabilidades comunes» (Tilly 1992: 116).

El rápido crecimiento económico, la burocratización, la educación de masas, la industrialización y la política de militarización galvanizaron todas las energías nacionales hasta que ese crecimiento de competitividad interestatal desencadenó la Primera Guerra Mundial. A lo largo de este período, el objetivo constante de los «constructores del estado» sigue siendo el moldeo de los ciudadanos comunes en nombre del desarrollo nacional y del progreso en la paz y en la guerra. Los estados europeos lideraban el

¹⁴ Esa tendencia a implicar a la totalidad de los ciudadanos en el espíritu de la guerra se hizo más fuerte durante la Segunda Guerra Mundial, cuando la producción cinematográfica de Hollywood estaba en la práctica dictada por el gobierno. Por ejemplo, la serie de siete documentales de propaganda *Why We Fight* fue encargada por el gobierno estadounidense apoyándose en el principio de «ingeniería social en una sociedad democrática en guerra» (Culbert 2006).

camino por «construir temibles medios coercitivos propios, ya que privaban a la población civil del acceso a esos mismos medios», basándose sobre todo en la financiación del capital y de los capitalistas para organizar su coacción (Tilly 1975; 1992: 68-69). Su impacto fue de tan largo alcance que un nuevo orden mundial surgió a su imagen y semejanza.

6. Guerra, homogeneización y genocidio

La eliminación física de las comunidades fue conjurada por la «nacionalización» estatal sobre todo en tiempos de guerra. Por eso, la primera guerra mundial y el totalitarismo postbélico desencadenaron y facilitaron el proceso de control y de eliminación (Conversi 2006a; 2007; 2012a). Aunque el estado racial nazi jugó un papel central en el Holocausto (Burleigh and Wippermann 1991), la guerra actuó como multiplicador de «oportunidades» para el triunfo del mal absoluto¹⁵. Hay consenso entre científicos sociales y historiadores en que las guerras ofrecen circunstancias ideales para llevar a cabo atrocidades que serían impensables en tiempos de paz (véase Bartov 2000; Bartrop 2002; Cabanes and Husson 2003; Casanova 2011; Fettweis 2003; Levene 2005; Melson 1992; Núñez Seixas 2007; Shaw 2003).

Las guerras fueron esenciales para imponer la «nacionalización de las masas», como nos recuerda Weber (1976) para el caso francés, desencadenando al mismo tiempo exterminios en masa y genocidios, como en el caso de Turquía (Winter 2003). Pero ni la homogeneización cultural ni la guerra pueden explicarse sin tener en cuenta el crecimiento exponencial de propaganda nacionalista que precedió a la Primera Guerra Mundial, en particular después de 1870 (guerra franco-prusiana y el advenimiento de la *Troisième République*). La guerra como «apocalipsis europea» inspiró directamente el fascismo y el comunismo con sus políticas totalizantes y homogeneizantes a partir del control absoluto del Estado (Casanova 2011; Conversi 2007; 2012a; Gentile 2008a; Kramer 2007). Bajo esos regímenes, se intentó profundizar en la «nacionalización de las masas» (Mosse 1975) con una violencia y determinación sin precedentes.

¹⁵ En este sentido, el importante estudio de Xosé Manoel Núñez Seixas sobre la *Operación Barbarroja* identifica el frente de Rusia como catalizador de la guerra de exterminio contra las poblaciones civiles que, con su ideología eliminacionista, llevó directamente a la «solución final» y al Holocausto (Núñez Seixas 2007).

La misma Shoah como forma extrema de «matanza industrial» se llevó a cabo principalmente durante el apogeo de la guerra y las dos pueden describirse conjuntamente (Bartov 1996). En el ámbito de estudios de genocidio, el trabajo de Omer Bartov sobre la guerra de Hitler en el Este anticipó parte de este enfoque centrado casi exclusivamente en la guerra (Bartov 1991; 2001). Bajo los auspicios de la guerra total, en la cual el enemigo tiene que ser eliminado *totalmente*, las presiones hacia la uniformidad étnica y cultural alcanzan su punto máximo. Sin embargo, las prácticas de homogeneización pueden persistir mucho tiempo después del fin de una guerra. Así se llevaron a cabo bajo el dominio soviético hasta finales de la década de 1980.

El ejemplo emblemático, temprano y tajante de esa asociación entre guerra y masacre indiscriminada fue el genocidio armenio. Cuando las fuerzas «aliadas» anglo-francesas desembarcaron en Gallipoli en 1915, las autoridades militares de Turquía comenzaron una campaña de *securitization* contra toda la población armenia, a la que se percibió y describió como «quinta columna» del enemigo occidental: «Lo que transformó un crimen de guerra en un acto de genocidio fue el contexto de guerra total [...]. Eso se tradujo rápidamente en la deportación, el abuso, el hambre y la masacre en masa de todo un grupo étnico potencialmente problemático para un régimen autoritario en guerra» (Winter 2003: 208). Richard Hovannisian expresa la conexión guerra-genocidio con las siguientes palabras: «La Primera Guerra Mundial marcó un hito, un momento decisivo, en la historia armenia. Sus efectos dieron lugar a algo sin precedentes que ninguna otra guerra, ninguna otra invasión o ninguna otra ocupación habían alcanzado en tres mil años de existencia armenia identificable. Esta calamidad fue la eliminación física de la mayoría del pueblo armenio y de toda evidencia de su presencia en la meseta de Gran Armenia, a la que los perpetradores dieron pronto el nuevo nombre de *Anatolia oriental*» (Hovannisian 2007: 3).

7. ¿El primer genocidio moderno? Occidentalización, guerra y exterminio en Armenia (1915)

Según estándares históricos casi universalmente aceptados, el primer genocidio de la modernidad, siglos XIX-XX, fue labor de los «Jóvenes Turcos» durante el colapso final del Imperio Otomano (Álvarez 2001:11-14; Rae 2002:124-62; Power 2003:1-23; Weitz 2003:1-7; Mann 2005:111-78;

Jones 2006a :101-23; Carmichael 2009). Sin embargo, el genocidio armenio fue precedido por episodios de limpieza étnica en los Balcanes. En Rusia, los pogromos contra judíos y musulmanes se habían llevado a cabo con una ferocidad sin precedentes (Davidson 2012: 44-64). Más judíos fueron asesinados en Rusia entre 1903 y 1906 que en la *Kristallnacht* («Noche de los Cristales Rotos») de la Alemania nazi en 1938. La «lección» ruso-balcánica se aprendió con rapidez, y con un toque de venganza, en Turquía, donde había huido un número masivo de refugiados del Cáucaso y de los Balcanes, dejando al descubierto terribles historias de brutalidad y asesinatos en masa. El *Muhajir* (éxodo) es un área de investigación histórica todavía poco conocida, por lo menos en las principales lenguas europeas (Levene and Roberts 1999; Shenfield 1999; Shields 2011). Muchos de esos refugiados acabaron en las filas de los «Jóvenes Turcos», un grupo ultranacionalista que se caracterizaba por su sentido de desesperación, rabia, ansiedad, pérdida de dignidad, profunda vergüenza, humillación y sentimiento de venganza (Üngör and Polatel 2011: 25).

Las campañas de aniquilación de los Jóvenes Turcos fueron las primeras de su género e inspiraron a otros asesinos genocidas, destacadamente Adolf Hitler (ver Dadrian 1996; Hovannisian 1986; Jones 2006a: 101; Melson 1992; Melson 1996; Power 2007: 23; Weitz 2011; Winter 2003). A su vez, la carrera de Rapahel Lemkin (1900-1959) como abogado internacional y inventor del término «genocidio» fue profundamente condicionada en sus años de juventud por su aprensión ante el genocidio armenio y el silencio internacional que lo acompañó (Moses 2010; Power 2005; 2007). Algunos nacionalistas armenios ven estas campañas como parte de un patrón recurrente de eterna persecución y victimización (ver Dadrian 1996). Sin embargo, una comparación entre los ocasionales pogromos anti-armenios pre-bélicos y el genocidio de 1915 muestra un cambio de estrategia radical de los nacionalistas turcos. La intención era «resolver» definitivamente la cuestión armenia, eliminando el grupo en su conjunto de una vez por todas. Donald Bloxham (2003) identificó los acontecimientos como el resultado de un proceso de *radicalización acumulativa* en tiempo de guerra, más que como un esfuerzo coordinado por una planificación centralizada. Sin embargo, la responsabilidad de las élites militares de Turquía ha sido confirmada por muchos estudios independientes (ver Bloxham 2008; Carmichael 2009; Mann 2005; Schaller and Zimmerer 2009; Shields 2011; Suny et al. 2011; Üngör 2011a). Aunque es difícil identificar un momento de partida único para el genocidio armenio (Kalianian 2008), se pueden identificar dos «puntos de no retorno». El primero

ocurrió en el mes de abril de 1915, cuando la organización nacionalista secular y «progresista» *İttihat ve Terakki Cemiyeti* (Comité de Unión y Progreso) ordenó la detención y deportación de la mayor parte de la élite armenia, incluyendo aquellos armenios asimilados a la cultura turca, como aquellos leales e incondicionalmente al servicio del Estado (Akçam 2006). El segundo momento irreversible se dio con la orden de deportación general de mayo de 1915, que afectó a todos los armenios, conduciendo a la mayoría de los deportados directamente a la muerte por tortura, hambre y asesinato. Ambos hechos ocurrieron en medio de la Primera Guerra Mundial y afectaron a otras etnias y religiones (Üngör 2006). De hecho, además de los armenios, más de 100.000 cristianos de otras denominaciones fueron víctimas de las masacres turcas, junto con miles de árabes y kurdos (Schaller and Zimmerer 2009)¹⁶. El temor del gobierno turco de una quinta columna pro-occidental estaba en gran parte infundado, ya que hasta el último momento la mayoría de los armenios y los kurdos, incluyendo los «nacionalistas», siguieron percibiéndose como leales miembros de un Imperio Otomano multinacional (Klein 2007), algo que se convirtió obviamente en imposible a partir de la persecución y del genocidio.

Aparte del exterminio de minorías étnicas, religiosas y culturales, el nacionalismo turco desencadenó una campaña brutal contra los mismos turcos que se resistían a la occidentalización forzada, que destruyó la variedad y riqueza interna de la misma cultura turca, desde las vestimentas tradicionales hasta el habla cotidiana (Üngör 2011a). Bajo el asedio de «Occidente», las élites de la nueva Turquía secular acabaron por imitar fanáticamente a Occidente en todo y por todo¹⁷. Como consecuencia, su nacionalismo militar generó una «cultura del odio» que demonizaba todos los hombres y objetos que no entraban en la definición estricta y ex-

¹⁶ La tendencia a la homogenización violenta ya se había manifestado con la persecución y expulsión de los griegos del Egeo como parte de un proceso de turquificación (Bjørnlund 2008). La persecución de árabes y kurdos ha sido escasamente estudiada (Schaller and Zimmerer 2008) y el homónimo monográfico del *Journal of Genocide Research* (Schaller and Zimmerer 2009). Sobre las deportaciones kurdas entre 1916 y 1934, véanse (Üngör 2011a: 107-169) y el clásico de Künzler (Künzler 2007; Künzler 1999).

¹⁷ Muchas formas de limpieza étnica acompañaron, o siguieron, las olas de occidentalización cultural. En tiempos más recientes, los ataques de Israel contra los palestinos han sido justificados a menudo con la auto-descripción del estado de Israel como baluarte de Occidente, reforzado por sus lazos con EE.UU. La limpieza étnica de los musulmanes y de otras nacionalidades por parte de las tropas paramilitares serbias se justificó como un intento de proteger a Occidente de la amenaza «islámica».

clusiva de ciudadanía del régimen y, aún más, preconizaba la eliminación total de los que no eran «étnicamente» turcos, en particular de los cristianos. Paradójicamente, los «Jóvenes Turcos», y subsecuentemente el régimen de Kemal Atatürk, fueron pronto exaltados como modelos a emular por la casi unanimidad de colonialistas, imperialistas y fascistas europeos, precisamente por su doble función de rescate pro-occidental y de control de la población bajo hegemonía cultural y ideológica occidental. De esa manera, esos últimos pudieron imponer una penetración totalitaria de la cultura europea como ni el más extremista de los colonialistas imperiales habría podido imaginar.

Resumiendo, la turquificación como homogeneización y occidentalización radical acompañó el desplazamiento demográfico con traslados masivos de población, masacres indiscriminadas y la destrucción de pueblos enteros y ciudades siguiendo pautas de ingeniería étnica y cultural que, aunque importadas de Occidente, fueron aplicadas por primera vez a tan gran escala en la Turquía moderna y modernista (Lieberman 2006; Mann 2005: 111-178).

8. Ingeniería socio-cultural, destrucción de la comunidad y etnogénesis

Aquí consideramos la homogeneización cultural como una forma distintiva de «ingeniería social» ejercida por élites estatales obsesionadas por transformar los ciudadanos en súbditos étnica y culturalmente «congruentes» con sus gobernantes. A menudo, el genocidio y la limpieza étnica estaban inscritos en planes más generales de «ingeniería social» y homogeneización radical. El concepto de *social engineering* se popularizó a partir del comienzo del siglo xx. En la primera década del siglo, Occidente estaba fascinado y casi hipnotizado por la capacidad aparentemente sin fin de progreso, viendo el rápido avance tecnológico como el advenimiento de una sociedad nueva y de un «nuevo hombre» (Gentile 2008b; Griffin 2007b)¹⁸.

¹⁸ Esta búsqueda del «hombre nuevo» estaba en la raíz tanto de la Primera Guerra Mundial como del fascismo (Gentile 1999; 2008a); En 1909 se publicó en París el *Manifesto futurista* de Marinetti, exaltando la guerra, la violencia y la agresividad humana (Conversi 2009). Mientras, en EE.UU. el reformador social William Howe Tolman teorizó la aplicación de la ingeniería social a las relaciones industriales en su libro *Social Engineering: A Record Of Things Done By American Industrialists Employing Upwards Of One And One-Half Million Of People* (Tolman 1909).

Las ciencias sociales otorgan un papel importante, aún poco teorizado, a la ingeniería social en las sociedades totalitarias y pre-totalitarias (Scott 1998). La ingeniería social a larga escala caracterizó la China del siglo XX antes y bajo el comunismo, como también otros regímenes autoritarios asiáticos (Dikötter 2008). Los marcos para la ingeniería social incluyen los esquemas de identificación estalinista y la *Volksgemeinschaft* nazi (Browning and Siegelbaum 2009).

Pero la ingeniería social había sido ya largamente practicada de manera incluso más brutal y penetrante bajo la «misión civilizadora» de las potencias coloniales. El presidente William McKinley (1843-1901), sucesivamente asesinado por un anarquista estadounidense de origen polaco, fue «instruido por Dios» para invadir Cuba y apoderarse de las Filipinas, condenando al hambre y masacrando a una población en su mayoría católica en nombre de la «cristianización» (Beatty 2007). La política colonial americana en Filipinas 1900-1913 ha sido descrita como asimilacionista y genocida, acompañándose de formas de ingeniería social y cultural (May 1980).

Después de la invasión china y el exilio del Dalai Lama en 1959, el Tíbet ejemplifica el vínculo entre las políticas de homogeneización cultural, la eliminación física y la ingeniería demográfica (Shakya 1999). La invasión del Tíbet en 1959 coincidió con el famoso «Gran Salto Adelante» (1959-1962), el plan de inspiración estalinista para la rápida industrialización de China en el que perecieron hasta 45 millones de personas y cientos de millones fueron obligados a huir, algunos desplazándose en el Tíbet (Dikötter 2010)¹⁹. En números brutos, la China comunista realizó posiblemente la mayor masacre de la historia humana en tiempo de paz. Además, con la destrucción de sus instituciones culturales y religiosas, el caso del Tíbet tiene simultáneamente elementos de homogeneización cultural y de genocidio colonial (Davidson 2012: 89-111; Jones 2006a: 94-98; Shakya 1999).

¹⁹ El sinólogo Frank Dikötter aprovechó una nueva ley que abre el acceso a miles de documentos centrales y provinciales para estudiar la época maoísta, aunque el acceso a los archivos del Partido Comunista sigue estando reservado a los historiadores más fieles del Partido. Así ya se puede averiguar cómo las consecuencias de las políticas homogeneizadoras de Mao Zedong resultaron en uno de los más mortíferos asesinatos en masa de la historia de la humanidad, incluyendo una de las mayores demoliciones de «bienes raíces» (viviendas particulares) y una serie de catástrofes sin precedentes para el medio ambiente (Dikötter 2010).

En el ámbito de la historia social internacional, James C. Scott ha producido el trabajo quizás más importante sobre políticas de ingeniería social y cultural, argumentando, entre otras cosas, que casi todas esas políticas han fracasado en sus objetivos de construir sociedades armoniosas, prósperas y eficientes. Pero su consecuencia última fue no sólo destrozando vidas humanas y aplastar el medio ambiente, sino impedir durante varias generaciones que esas sociedades pudieran recobrar fuerzas suficientes para movilizarse ante los abusos de poder (Scott 1998).

El aspecto que se subraya aquí es la conexión entre planes de homogenización étnica y ataques al patrimonio cultural, que, en lugar de ser visto como patrimonio común de la humanidad, se percibía como propiedad de los grupos étnicos que se intentaba destruir. Así, la eliminación física de comunidades estuvo acompañada a menudo por la destrucción de sus artefactos culturales y tradiciones milenarias.

La ingeniería étnica, demográfica y cultural es un fenómeno entonces totalmente moderno perteneciente a la práctica más amplia de la ingeniería social, con su fe positivista en la capacidad de moldear seres humanos a través de la política estatal. Implicando la creación de sociedades nuevas habitadas por «hombres nuevos», ese tipo de «antropogénesis» se refinó en la época de Stalin, Mao y otros regímenes totalitarios sustentándose en la estandarización cultural, los traslados de población y los asesinatos en masa. Estos acontecimientos caracterizaron con más frecuencia el «socialismo de Estado» que otras formas de gobierno, mientras que los regímenes nazi-fascistas transformaron más directamente la ingeniería social en ingeniería étnica.

En el despiadado mundo de la competencia interestatal, sobre todo en los años anteriores a las dos guerras mundiales, la demanda de una rápida industrialización creció, cobrando un tributo de sangre humana y desplazamiento. Por otro lado, la presión para conseguir el «desarrollo» ha sido ampliamente utilizada por muchos tipos de gobiernos y aún puede verse en regímenes democráticos contemporáneos en plena era de globalización. Esto ha resultado ser especialmente perjudicial cuando se ha combinado la «modernización» con el frenesí nacionalista.

La uniformidad requerida por el estado-nación ha llevado a prácticas de ingeniería cultural, que a menudo se han transformado en «ingeniería demográfica» (Zarkovic Bookman 1997). Como hemos visto en todos los ejemplos mencionados, el Estado desempeñó un papel clave y, dentro del Estado, instituciones como el ejército, proporcionando un ambiente ideal en el que promover la homogeneización cultural a un público muchas veces complaciente o impotente (Conversi 2007).

9. Migraciones forzadas, nacionalismo y campañas de homogenización

Hay una vasta literatura sobre migraciones involuntarias y transferencias forzadas de poblaciones. Los estudios de refugiados se han convertido en una disciplina independiente con revistas científicas internacionales como el prestigioso *Journal of Refugees Studies* publicado por el *Refugees Studies Centre*, Oxford. Relacionaremos brevemente las transferencias masivas de población con los procesos de homogeneización dirigidos por estados. No todos los refugiados tratan de escapar de un destino similar, pero el origen de la mayoría de las migraciones involuntarias reside en última instancia en la incapacidad del Estado para tolerar y gestionar la diversidad étnica y cultural. Casos significativos incluyen los cosacos del Terek en 1920 (O'Rourke 2009) y, bajo Stalin, la deportación del pueblo tártaro entero de Crimea en 1944 (Naimark 2001; Uehling 2004), los chechenos e ingusetios (Hughes 2007; Krag 2003), además de otros pueblos de la Unión Soviética, como los coreanos, finlandeses, alemanes, calmuco, karacháis, balkarios, griegos, turcos Meskhétios y kurdos (Pohl 1999). Los llamados «intercambios» de población entre Turquía y Grecia (1923) sentarían un precedente terrible, cuando aproximadamente dos millones de personas fueron deportadas por la fuerza bajo el pretexto de «proteger» su seguridad. El historiador británico Arnold Toynbee (1889-1975) argumentó que la llegada al poder del ultranacionalismo turco en 1922 fue en gran parte una reacción a la ocupación militar griega de Izmir/Esmirna en 1919, y a la posterior invasión de Anatolia (1920-21). Toynbee acusó a Lloyd George y otros filo-helenos de la clase dirigente británica de instigar el desplazamiento masivo de turcos y griegos (Toynbee 1922: 311-314).

Una distinción adicional debe hacerse entre las deportaciones masivas practicadas en tiempos de Stalin, Mao y otros regímenes comunistas, y aquellas promovidas por los estados-nación para «nacionalizar» a sus poblaciones internas. Por ejemplo, las expulsiones turco-griegas estaban pensadas de manera específica para homogeneizar étnica y culturalmente los respectivos países de origen. Las expulsiones masivas de Grecia formaban parte de una campaña más amplia de *helenización* (Mazower 2005: 301-304), que incluía la prohibición de vestuario «extranjero» (es decir, turco). Del mismo modo, la «turquificación» acompañó la expulsión de las minorías étnicas y religiosas de Turquía (Bjornlund 2008). Mustafa Kemal Atatürk (1881-1938) imitaba el afán homogeneizador

griego, relegando al olvido los vestuarios tradicionales como el *fez*, cuya prohibición las autoridades griegas ya habían aplicado e impuesto más de una década antes (Mazower 2005: 301-302). De forma semejante, los intercambios demográficos entre la Alemania nazi y Rumanía (1938-1945), donde existía una fuerte presencia demográfica alemana, se hicieron bajo un proyecto más amplio de «rumanización» o «purificación nacional» (Solonari 2010: ch. 13). Con el mismo espíritu se propusieron intercambios entre Bulgaria y Rumanía y se inició la persecución de los romanís/zíngaros (Solonari 2010: chs. 6, 14 y 16). Según Solonari, los «intercambios» de población y la persecución de judíos y romanís por los gobiernos rumanos de entreguerras no derivaban de la presión del aliado nazi, sino de la visión previa de una Rumanía culturalmente homogénea y étnicamente pura, que se correspondía con una serie de planes recurrentes de homogenización (Solonari 2010).

El mayor movimiento de población en la historia europea moderna fue el éxodo de entre 12 y 14 millones de alemanes de Europa central y oriental a finales de la Segunda Guerra Mundial (1945-1948) (De Zayas 1994; Lieberman 2006: 221; Prauser and Rees 2004). Las expulsiones y las masacres en Checoslovaquia y Polonia se desarrollaron con la complicidad internacional, principalmente soviética (Brandes 2009; Naimark 2001).

Los desplazamientos masivos de población han jalonado el siglo xx. Los programas de sedentarización forzada de los pueblos nómadas pueden considerarse como «inversión» de las migraciones forzadas, implicando la transferencia y el confinamiento en zonas segregadas de grupos que antes se movían libremente a través de las fronteras. En Somalia, la sedentarización forzada concluyó en conflictos agudos (Schraeder 1986), que llevaron a la desintegración del país tras la caída del dictador Siad Barre, respaldado por Occidente (Abdullahi 2004). La sedentarización forzada de los beduinos israelíes en Galilea y Negev con el «plan Negev» ha llevado a la pérdida de un repertorio cultural único a través de la «judaización» de «vastas áreas de territorio ... en las dos áreas árabes más densamente pobladas de Israel» (Vinding 2004: 338). En EE.UU., el Programa Federal de «reubicación» de la década de 1950 llevó a la urbanización de la identidad de los nativos americanos (Fixico 2009), más de un siglo después de que el *Trail of Tears* (1831-1838) hubiera llevado a los cherokees, muscogees (creeks), seminolas, chickasaws y choctaws hacia el debilitamiento y la enfermedad, con el fallecimiento de más de 4.000 de ellos (Ehle 1988; Perdue and Green 1995). Ellos también formaban parte de una mas am-

plia política homogeneizadora de «civilización» forzada (Perdue and Green 2007). Como paradigma de las transferencias humanas en masa, se puede incluir la trata transatlántica de esclavos, que causó al menos dos millones de muertes a lo largo de 400 años.

El último paso en la estrategia eliminacionista del Estado moderno ha sido la eliminación física de grupos «incongruentes», que estaban ya plenamente asimilados en la cultura dominante, como en los casos de los judíos de Alemania (Mosse 1985), los tutsis de Ruanda (Melvern 2007),²⁰ o los bosnios de la antigua Yugoslavia. Un grupo que fue blanco de repetidos intentos de homogenización cultural, pogromos y eliminación física fueron los romaníes o gitanos, con el punto de máxima persecución durante el *Porrajmos* o Holocausto gitano (Hancock 1991; Huttenbach 1991). Por otra parte, muchos de los armenios que vivían en zonas rurales no fueron en gran medida asimilados a la cultura turca hasta 1915.

10. El apogeo de la homogeneización

El período que transcurrió desde 1914 hasta 1945 representó la era crucial de las políticas de homogeneización cultural y los genocidios, con secuelas de limpieza étnica posbélica. La Primera Guerra Mundial facilitó inmensamente las políticas genocidas de la Turquía secular (Lieberman 2006: 80-150; Mann 2005: 111-178; Rae 2002: 124-162), así como la afirmación del comunismo, del fascismo y de otros sistemas políticos totalitarios.

El siglo xx ha merecido varias definiciones tajantes: «la edad de los extremos» o el «siglo breve» (Hobsbawm 1994), el «siglo de la guerra total» (Aron 1954), «el siglo más bélico de la historia humana» (Tilly 1992: 67), la «era del genocidio» (Álvarez 2001), y el «siglo de genocidio» (Carmichael 2005; Levene 2000; Weitz 2003), además del «siglo americano» (Traxel 1998), aunque el dominio absoluto de EE.UU. se observaría sólo a partir de la Segunda Guerra Mundial y, de manera definitiva, al final de la guerra fría.

En Europa central, oriental y parte de la meridional, el pico de las políticas de homogeneización se alcanzó entre las dos guerras mundia-

²⁰ Hasta el genocidio de 1994, los hutus y tutsis, junto a los twa, formaban un grupo único bajo el común etnónimo «Banyarwanda».

les, cuando las elites nacionalistas percibieron la diferencia cultural y la variación étnica como amenazas a la «seguridad nacional». Charles Tilly (1992: 67) estima la cifra abrumadora de 275 guerras y 115 millones de muertes en batalla durante el siglo xx, es decir 3.150 muertes por día o alrededor de 130 muertes por hora durante todo el siglo del triunfo de la democracia. Pero eso no incluye el inmenso número de víctimas civiles, que podría superar esa cifra. Además, estas estimaciones siguen excluyendo a cientos de millones de personas asesinadas por el Estado a través de políticas de «democidio» (Rummel 1994), «politicidio» (Harff 2003; Harff and Gurr 1988), «clasicidio» (Mann 2005), los traslados de población, la manipulación económica y hambrunas masivas. Debe añadirse las personas que murieron a consecuencia de las enfermedades causadas por los conflictos intra e interestatales, en particular los millones de muertos de la gripe «española» de 1918, extendida en entornos profundamente debilitados por las consecuencias de la primera guerra mundial. Y por no hablar de los traumas físicos y psicológicos que afectaron también a gran parte de la población civil que no participó en el combate. Y, en fin, sin olvidar el olvido, la destrucción de las culturas y del medio ambiente, la censura, las mentiras y las falsedades que acompañaron la descripción de los eventos hasta muchos años después y que llevaron al ascenso del fascismo.

El siglo xx fue también el momento en que el nacionalismo de Estado alcanzó su punto álgido. Fue el siglo de la «política de masas» con el «ingreso de las masas en la historia» y el bautismo de fuego de su participación política (Hobsbawm 1990b; Mosse 1975; Nairn 1977: 340). En su versión totalitaria, esto significaba la promesa de una nueva sociedad habitada por un «hombre nuevo» y permeada por el «sentido de un nuevo comienzo» (Griffin 2007a). La modernización más rápida fue impuesta por las elites dominantes en sus circunscripciones con métodos casi inevitablemente destructores, e incluso genocidas.

Es importante notar que todos estos acontecimientos fueron acompañados, y/o precedidos, por políticas de asimilación forzosa y homogeneización, a veces explícitas, otras veces implícitas. Más implícita fue la destrucción de la sociedad campesina de Europa, que, por la aparentemente pasiva aceptación de su destino, pareció menos dramática que la destrucción de minorías étnicas que, donde podían, se resistían. La destrucción tanto de los campesinos como de las minorías étnicas se llevó a cabo por asimilación a los valores urbanos, por separación forzada o por asesinato en masa, como bajo Stalin. Nunca antes en la historia estos métodos se

habían llevado a cabo sistemáticamente, simultáneamente y con tal grado de coordinación.

La Shoah personificó el pico de las políticas «eliminacionistas» coordinada desde arriba²¹. Fue un evento sin precedentes por su gestión burocrática y tecnológica del sufrimiento humano. Entre los estudios de genocidio, el Holocausto ha producido una literatura mucho más prolífica, que de hecho se distingue como un campo caracterizado por su propia producción académica. La singularidad del Holocausto ha sido reconocida por la mayoría de autores²². El argumento de Raul Hilberg (1926-2007) en su magna obra *La destrucción de los judíos europeos* representa muy bien ese enfoque: «No había literatura que (yo) pudiese utilizar para encontrar ejemplos. La destrucción de los judíos fue un acontecimiento sin precedentes, un acto primordial que no se había ni imaginado antes de estallar. Los alemanes no tenían ningún modelo para su obra, y yo no tenía uno para mi narrativa» (Hilberg 1961: 84). La singularidad de la Shoah no ha impedido su estudio comparativo con otros genocidios (Rosenbaum 1996). La Shoah también se desarrolló en un contexto que no fue único, ni exclusivo de Alemania: la eliminación sistemática de la minorías y los procesos de homogeneización que, desde Europea centro-oriental y Turquía, habían contemplado la posibilidad de «nacionalizar las masas» de manera radical ya antes del estallido de la Primera Guerra Mundial.

11. Masificación, homogeneización y occidentalización: el triunfo del modernismo

Nacionalismo y modernidad están densamente relacionados independientemente de cómo pueda definirse esta última. Si identificamos la *modernidad* con: 1. la esfera política (Revolución Francesa); 2. la económica (el ascenso de la burguesía); 3. la científica (el darwinismo); 4. la tecno-

²¹ Términos como *eliminacionismo* (Carmichael 2009) o erradicacionismo se utilizan para englobar las diversas formas de prácticas de homogeneización dirigidas por el Estado. La homogeneización cultural, la depuración étnica y el genocidio pueden ser vistos como partes de un *continuum*. Sobre la noción de eliminacionismo en el contexto de las relaciones entre genocidio y fascismo, véase Kallis (2009).

²² Varias controversias se han desencadenado a ese propósito, particularmente a partir de la publicación del libro coordinado por Alan S. Rosenbaum (1996). El último capítulo define el abuso del concepto de «unicidad» como potencial «negación» del genocidio (Stannard 1996).

lógica (Revolución Industrial); ó 5. la filosófica (la Ilustración y después de la Ilustración), cada uno de estos aspectos está bien representado en los nacionalismos estatales mas radicales, incluidos el fascismo y el nazismo. Por ejemplo, este último sería inconcebible sin, o fuera de, la modernidad en cada uno de los cinco sentidos mencionados. Mas precisamente, el nazismo puede asociarse directa o indirectamente con: 1. la propagación jacobina centralista transformada en idolatría del Estado; 2. la representación y protección de los intereses de la burguesía, aún dentro de una retórica anti-burguesa; 3. la difusión de los dogmas darwinistas del tipo «sólo los más aptos sobreviven» traducidos en una visión racial de la jerarquía humana; 4. la industrialización masiva directamente promovida por el régimen; y, por último, 5. el rechazo de los principios más racionales, individualistas y cosmopolitas de la Ilustración, asumiendo al mismo tiempo el rechazo de la tradición religiosa cristiana y otras tradiciones sustituidas por un nuevo culto cívico de la patria.

Los miembros de la Escuela de Frankfurt, en particular Max Horkheimer y Theodor Adorno, estuvieron entre los primeros en identificar dentro de las ciencias sociales el genocidio como característica intrínseca de la modernidad, cuyos rasgos esenciales ya estaban escritos en la Ilustración (Kaye and Stråth 2000). Hannah Arendt (1958) también relacionó la modernidad con el Holocausto y con los masivos desplazamientos humanos causados por la «modernidad». Quizás aun más famosa es la descripción de Zygmunt Bauman del Holocausto como «una enfermedad rara, aunque significativa y fiable prueba de las posibilidades ocultas de la sociedad moderna» (1989: 12). El proceso que condujo al Holocausto siguió a la caída de los más tolerantes imperios plurinacionales como el otomano y austro-húngaro y, en particular, fue acompañado de una rápida modernización y occidentalización de los estados-nación sucesores (Lieberman 2006), que se inició «en el siglo XVIII y todavía continúa» (Bartov 1996: 70). La occidentalización conllevó no solo una homogenización cultural interna, sino también una uniformidad a escala planetaria (Latouche 1996), en que «un discurso inicialmente violento y dominante se transformó en un modo de vida “normal” a través de la “interiorización” del discurso occidental» (La Branche 2005). Para Levene «el problema está en... la cristalización del mundo moderno y en el actual sistema internacional de estados-naciones que emanaba de él» (2005:10). De hecho, puede ser descrito como un «producto en su mayor parte de la etapa «avanzada» en el desarrollo del Estado moderno» (Naimark 2001: 8). Más recientemente, se ha focalizado la atención en el papel central de los jóve-

nes tecnócratas radicales del Tercer Reich cuando ingenieros, académicos, demógrafos, economistas, *think-tanks* y oficinas burocráticas fueron instados por el régimen a «racionalizar los métodos de producción, estandarizar los productos, introducir una división internacional del trabajo, modernizar y simplificar las estructuras sociales, reducir el número de las personas «improductivas» a un mínimo absoluto» bajo un «siniestro plan para «ajustar» la relación entre grupos de población «productivos» o «improductivos» abogando «por el exterminio en masa como un componente necesario y lógico de la modernización social» (Aly and Heim 2002: 6 y 2-3).

Similarmente en Polonia, según Porter (2000), los primeros intelectuales románticos expusieron un concepto de la nación voluntarista y «renano», en el que la acción y compromiso (*czyn*) hacia el nuevo Estado polaco jugó un papel central. Este proyecto inicialmente abierto se convirtió en un etnicismo autoritario justo cuando la alfabetización se estaba expandiendo paralelamente a la rusificación cultural, lo cual fue percibido como amenaza vital. Muy pronto las mismas elites nacionalistas empezaron a manipular la opinión pública incitando al odio contra las minorías, principalmente judías²³. En particular, la frontera polaco-alemana fue sometida a constantes procesos de transnacionalismo, desplazamientos y «nacionalización de la cultura» (Tilse 2011). Polonia representa un caso paradigmático de homogenización radical, de un territorio altamente multicultural que pasó a ser prácticamente mono-étnico (Faraldo 2008; Fleming 2010)²⁴. Por fin, los tres casos siguientes sugieren como esa pautas se han difundidos geográficamente asumiendo rasgos extremos durante su expansión. El caso de Grecia resulta emblemático dada la instrumentalización que las elites europeas, particularmente británicas, supieron hacer del nacionalismo griego en función antiotomana. La nación griega moderna surgió y se hubo de forjar sobre un terreno extremadamente heterogéneo desde el punto de vista cultural, religioso y étnico. De esa manera, el camino hacia la «homogeneidad» sólo pudo lograrse mediante una combinación de violencia y falsificación histórica (Roudometof 2001: 101-130). En esa operación, participaron varias generaciones de historiadores nacionalistas griegos (Mazower 1995). La *helenización* moderna se

²³ La posterior destrucción de la «nación yiddish», sobre todo en Polonia y en Ucrania, ha sido el foco de mucha investigación académica y extra-académica (Gottesman 2003; Kriwaczek 2005; Weinstein 2001).

²⁴ Véase en particular el ensayo de Michael Fleming en este dossier.

aplicó de forma paralela a través del ejército y de los sistemas educativos, con especial atención a la universidad donde se formaban las nuevas élites (Kitromilides 1989; Mazower 1999: 41-43). La destrucción y el olvido de las memorias y las culturas no griegas continuó hasta bien entrada la década de 1990 (Karakasidou 1997; Mazower 2005). El caso de la homogenización radical de Thessaloniki-Salónica, ciudad multiétnica, y también ciudad natal de Atatürk, ha sido descrito bien por Mazower, Levene y otros (Cesarani 2002; Levene 2002; 2003; Lewkowicz 2006; Lieberman 2006; Mazower 2005; Vassilikou 2002).

Cuando Serbia consiguió su independencia en 1878, la desturquificación procedió rápidamente con la sistemática destrucción de su riquísima herencia otomana, golpeando con particular ferocidad su rico legado arquitectónico y las instituciones religiosas (Sells 1996). Casi paralelamente, en Turquía la destrucción de iglesias y otros bienes culturales armenios constituyó un aspecto central del genocidio (Hovanissian 1998; Payaslian 2006). Y cuando los nacionalistas serbios tomaron el poder en Belgrado en la década de 1990 describieron públicamente el genocidio de Bosnia de 1992-1995 como una continuación de la campaña de depuración iniciada más de un siglo antes con la independencia de Serbia (Carmichael 2005; 2009; Ramet 2006). En esos tres ejemplos genocidio y homogenización cultural se actuaron en fases sucesivas, y incluso simultáneamente, para lograr la «congruencia» entre nación, estado y cultura.

Conclusión

Ampliando el concepto de «nacionalización de las masas» (Mosse 1975), este artículo ha identificado en los procesos de homogenización cultural una pauta substancial y persistente durante la formación y la expansión del estado-nación occidental. A partir de la revolución francesa, éste se estableció, aun con diferentes intensidades y temporalidades, como un modelo común en el desarrollo de casi todos los estados europeos hasta pasada la segunda guerra mundial. La intensidad ha variado desde los extremos de la tolerancia benévola hasta los «intercambios» de poblaciones y el genocidio. Este artículo ha ilustrado con varios ejemplos la continuidad y semejanza existente entre esas formas de eliminación cultural y física, postulando el concepto de «homogenización cultural» como mínimo común denominador. De esa manera, se han podido averiguar al-

gunas conexiones recurrentes en los procesos de nacionalización del estado contemporáneo. Incluyen la vertebración de los proyectos de homogenización cultural alrededor de una ideología modernista, sus asociación con el nacionalismo estatal, su refuerzo a través de la guerra y su desembocadura en prácticas genocidas. Las políticas de homogenización más extremas han llevado a la eliminación de clases sociales enteras, particularmente los campesinos y las elites proto-nacionalistas, hasta la transferencia en masa de los habitantes de ciudades y regiones enteras, para acabar con su eliminación física a través del crimen supremo, el genocidio. La homogenización cultural, así como el genocidio, no se podía concebir de manera sistemática antes de la época moderna, entendida como el periodo que va desde la Revolución francesa hasta la actualidad. La idea misma de homogeneización a gran escala era difícilmente viable antes del siglo XX a causa del menor control burocrático y de la falta de tecnología militar adecuada.

En síntesis, el artículo ha tratado de sentar las bases para una historia política y social de la homogenización cultural, avanzando la hipótesis de que ha estado estrictamente ligada a la formación del «Estado-nación» de matriz jacobina radicalizado por la competición inter-estatal y la guerra. De ahí nace la percepción paralela de las prácticas genocidas como continuación *ad extremis* de las pautas de homogenización cultural. Ese cambio radical tuvo como epicentro global París, desde donde se extendió radialmente, y en oleadas sucesivas. Francia y Prusia formaban la pieza central de una omnívora y progresiva occidentalización volcada en la depuración de las diferencias «anti-entrópicas», como las definía Ernest Gellner (2006).

También se ha identificado el nacionalismo como la identidad dominante de la era moderna, al mismo tiempo que la modernidad fue políticamente guiada por el nacionalismo. Así existen continuidades y superposiciones entre homogenización cultural y genocidio, por un lado, y entre ambos y el nacionalismo, por otro lado.

Pero el estudio comparado de las relaciones entre esas conexiones sigue estando escasamente investigado a nivel de historia universal, más allá de los estudios de caso.

Resumiendo, el genocidio y la homogeneización cultural comparten una trayectoria similar que consiste primero en la superposición y confusión entre política, etnicidad y cultura, y segundo en el rechazo absoluto de las diferencias étnicas y culturales por parte de elites obsesionadas en

la construcción de Estados homogéneos y uniformes²⁵. Mantenemos que las tres condiciones, homogenización cultural, genocidio y nacionalismo, fueron exaltadas en su punto máximo durante las guerras, en particular la primera guerra mundial, y bajo sistemas totalitarios que suponían una continuación del estado de guerra, directamente derivados del «apocalipsis europeo».

La hipnotización de masa en nombre del progreso y del nacionalismo durante el comienzo del siglo XX tiene quizá semejanzas ominosas con la hipnotización de masa del alba de nuestro milenio bajo el dominio incontestado de la globalización neo-liberal. El impacto, a corto y a largo plazo, podría ser incluso infinitamente más devastador en términos de desplazamiento humano masivo, así como en términos de destrucción físico-cultural causada por una crisis medioambiental sin precedentes en la historia humana²⁶. De hecho, no tenemos ninguna certidumbre de que nuestros hijos podrán seguir viviendo como nosotros y en las tierras de sus antepasados.

Referencias bibliográficas

Los trabajos citados aparecen en versión original o inglesa, al margen de su posible traducción al castellano.

Todas las traducciones del inglés son del autor.

Abdullahi, Mohamed Diriye (2004): «In the name of the Cold War: how the West aided and abetted the Barre dictatorship of Somalia», in A. Jones (ed.): *Genocide, War Crimes and the West: History and Complicity*. London: Zed Books, pp. 241-259.

²⁵ Paradójicamente, los genocidios más notables se produjeron en casos en que la asimilación ya había tenido «éxito» y los grupos acabaron siendo escasamente distinguibles o, a veces, indistinguibles, como en el caso de los armenios turquificados y los judíos germanizados, o incluso en los casos en que no existía ninguna diferencia cultural entre víctimas y verdugos, como entre croatas, bosnios y serbios en la ex-Yugoslavia, o entre los tutsis y los hutus en Rwanda y Burundi.

²⁶ Aunque sea difícil para un historiador especular sobre el futuro impacto de cambios tan complejos, incluyendo epidemias y desplazamientos, el concepto de *homicidio* puede reflejar la posibilidad de un genocidio a varios niveles, simultáneo, de hecho global, en el caso que fuera ya demasiado tarde para revertir las consecuencias del cambio climático causado por la intensificación sin precedentes de consumos humanos (Levene and Conversi 2013).

- Adams, David Wallace (1995): *Education for Extinction: American Indians and the Boarding: School Experience (1875-1928)*. Kansas: University Press of Kansas.
- Akçam, Taner (2006): «The Ottoman Documents and the Genocidal Policies of the Committee for Union and Progress (İttihat ve Terakki) toward the Armenians in 1915», *Genocide Studies and Prevention*, 1, 2, pp. 127-148.
- Altınay, Ayşe Gül (2004): *The Myth of the Military-Nation: Militarism, Gender, and Education in Turkey*. New York: Palgrave Macmillan, 1 ed.
- Álvarez, Álex (2001): *Governments, Citizens, and Genocide: A Comparative and Interdisciplinary Approach*. Bloomington: Indiana University Press.
- Aly, Götz & Susanne Heim (2002): *Architects of Annihilation: Auschwitz and the Logic of Destruction*. Princeton, N.J.: Princeton University Press.
- Arendt, Hannah (1958): *The Origins of Totalitarianism*. New York: Meridian.
- Aron, Raymond (1954): *The Century of Total War*. Garden City, N.Y.: Doubleday.
- Asuero, Pablo Martín (2010): «La lucha contra el turco: de los almogávares a Lepanto», in X.M. Núñez Seixas & F. Sevillano Calero (eds.): *Los enemigos de España. Imagen del otro, conflictos bélicos y disputas nacionales, siglos xvii-xx (Actas del IV Coloquio Internacional de Historia Política, 5-6 de junio de 2008)*. Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, pp. 91-117.
- Bartov, Omer (1991): *Hitler's Army: Soldiers, Nazis, and War in the Third Reich*. Oxford: Oxford University Press.
- Bartov, Omer (1996): *Murder in Our Midst: The Holocaust, Industrial Killing, and Representation*. Oxford: Oxford University Press.
- Bartov, Omer (2000): *Mirrors of Destruction: War, Genocide, and Modern Identity*. Oxford: Oxford University Press.
- Bartov, Omer (2001): *The Eastern Front, 1941-45: German Troops and the Barbarisation of Warfare*. Houndmills, Basingstoke: Palgrave.
- Bartrop, Paul (2002): «The relationship between war and genocide in the twentieth century: A consideration», *Journal of Genocide Research* 4, 4, pp. 519-532.
- Bauman, Zygmunt (1989): *Modernity and the Holocaust*. Ithaca, N.Y.: Cornell University Press/ Cambridge: Polity/Blackwell.
- Beatty, Jack (2007): *Age of Betrayal: The Triumph of Money in America (1865-1900)*. New York: Alfred A. Knopf.
- Berghe, Pierre L. van den (1990): «Introduction», in P.L. Van den Berghe (ed.): *State Violence and Ethnicity*. Niwot, Colo.: University Press of Colorado, pp. 1-18.
- Bjørnlund, Matthias (2008): «The 1914 cleansing of Aegean Greeks as a case of violent Turkification», *Journal of genocide research*, 10, 1, pp. 41-58.
- Bloxham, Donald (2003): «The Armenian Genocide of 1915-1916: Cumulative Radicalization and the Development of a Destruction Policy», *Past and Present*, 181, 1, pp. 141-191.
- Bloxham, Donald (2008): *Genocide, The World Wars and The Unweaving of Europe*. London: Vallentine Mitchell.

- Bond, Brian (1986): *War and Society in Europe (1870-1970)*. Oxford: Oxford University Press.
- Bracher, Karl Dietrich (1972): «Stages of totalitarian “integration” (*Gleichschaltung*): the consolidation of National Socialist rule in 1933 and 1934», in H. Holborn (ed.): *Republic to Reich; the making of the Nazi revolution; ten essays*. 1 ed. New York: Pantheon Books, pp. 109-128.
- Branche, Raphaëlle (2004): «Torture and other violations of the law by the French army during the Algerian war», in A. Jones (ed.): *Genocide, War Crimes and the West: History and Complicity*. London: Zed Books, pp. 134-145.
- Brandes, Detlef (2009): «National and International Planning of the “Transfer” of Germans from Czechoslovakia and Poland», in R. Bessel & C.B. Haake (eds.): *Removing Peoples. Forced Removal in the Modern World*. Oxford: Oxford University Press, pp. 289-290.
- Breuilly, John (1994): *Nationalism and the State*. Chicago: University of Chicago Press, 2 ed.
- Bristow, Nancy K. (1996): *Making Men Moral: Social Engineering During the Great War*. New York: New York University Press.
- Browning, Christopher & Lewis Siegelbaum (2009): «Frameworks for social engineering: Stalinist schema of identification and the Nazi *volks-gemeinschaft*», in M. Geyer & S. Fitzpatrick (eds.): *Beyond Totalitarianism. Stalinism and Nazism Compared*. Cambridge: Cambridge University Press, pp. 231-265.
- Burleigh, Michael & Wolfgang Wippermann (1991): *The Racial State (Germany, 1933-1945)*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Bushnell, O.A. (1993): *The Gifts of Civilization: Germs and Genocide in Hawai'i*. Honolulu: University of Hawaii Press.
- Cabanes, Bruno & Edouard Husson (eds.) (2003): *Les sociétés en guerre (1911-1946)*. Paris: A. Colin.
- Caplan, Jane (1988): *Government without Administration. State and Civil Service in Weimar and Nazi Germany*. Oxford: Clarendon Press.
- Carmichael, Cathie (2005): «The Violent Destruction of Community during the “Century of Genocide”», *European History Quarterly*, 35, 3, pp. 395-403.
- Carmichael, Cathie (2009): *Genocide before the Holocaust*. New Haven [Conn.]: Yale University Press.
- Casanova, Julián (2011): *Europa contra Europa (1914-1945)*. Barcelona: Crítica.
- Cesarani, David (ed.) (2002): *Port Jews: Jewish Communities in Cosmopolitan Maritime Trading Centres (1550-1950)*. London/ Portland, OR: Frank Cass.
- Chernilo, Daniel (2006): «Methodological nationalism and its critique», in G. Delanty & K. Kumar (eds.): *The SAGE Handbook of Nations and Nationalism*. London/Thousand Oaks, Calif.: Sage, pp. 129-140.
- Churchill, Ward (2004): «Genocide by any other name: North American Indian residential schools in context», in A. Jones (ed.): *Genocide, War Crimes and the West: History and Complicity*. London: Zed Books, pp. 78-115.

- Clavero, Bartolomé (2002): *Genocidio y justicia. La destrucción de las Indias, ayer y hoy*. Madrid: Marcial Pons.
- Connor, Walker (1972): «Nation-Building or Nation-Destroying?», *World Politics: A Quarterly Journal of International Relations*, 24, 3, pp. 319-355.
- Connor, Walker (2004): «The timelessness of nations», *Nations and Nationalism*, 10, 1-2, pp. 35-47.
- Conversi, Daniele (2006a): «Genocide, ethnic cleansing and nationalism», in G. Delanty & K. Kumar (eds.): *Handbook of Nations and Nationalism*. London: Sage Publications, pp. 320-333.
- Conversi, Daniele (2006b): «Mapping the field: theories of nationalism and the ethnosymbolic approach», in A.S. Leoussi & S. Grosby (eds.): *Nationalism and Ethnosymbolism: History, Culture and Ethnicity in the Formation of Nations*. Edinburgh: Edinburgh University Press, pp. 15-30.
- Conversi, Daniele (2007): «Homogenisation, nationalism and war: should we still read Ernest Gellner?», *Nations and Nationalism*, 13, 3, pp. 371-394.
- Conversi, Daniele (2008): «“We are all equals!” Militarism, homogenization and “egalitarianism” in nationalist state-building (1789-1945)», *Ethnic and Racial Studies*, 31, 7, pp. 1286-1314.
- Conversi, Daniele (2009): «Art, Nationalism and War: Political Futurism in Italy (1909-1944)», *Sociology Compass*, 3, 1, pp. 92-117.
- Conversi, Daniele (2012a): «Guerra y totalitarismo. Los orígenes bélicos del fascismo en «Il delitto Matteotti» de Florestano Vancini, 1973», in S.D. Pablo (ed.): *La historia a través del cine*. Bilbao: Universidad del País Vasco/Euskal Herriko Unibertsitatea, Servicio Editorial (in press).
- Conversi, Daniele (2012b): «Modernism and nationalism», *Journal of Political Ideologies*, 17, 1, pp. 13-34.
- Costen, M.D. (1997): *The Cathars and the Albigensian Crusade*. Manchester: Manchester University Press.
- Culbert, David (2006): «“Why We Fight”: Social Engineering for a Democratic Society at War», in G.S. Jowett & V.O'Donnell (eds.): *Readings in Propaganda and Persuasion: New and Classic Essays*. Thousand Oaks, Calif.: SAGE Publications, pp. 173-191.
- Dadrian, Vahakn N. (1996): «The Comparative Aspects of the Armenian and Jewish Cases of Genocide: A Sociohistorical Perspective», in A.S. Rosenbaum (ed.): *Is the Holocaust Unique?: Perspectives on Comparative Genocide*. Boulder, Colo.: Westview Press, pp. 139-174.
- Davidson, Lawrence (2012): *Cultural Genocide*. New Brunswick, N.J.: Rutgers University Press.
- Davies, Michael (1997): *For Altar and Throne: The Rising in the Vendée (1793-1796)*. St. Paul/ Forest Lake, MN: Remnant Press.
- Davis, Mike (2001): *Late Victorian Holocausts: El Niño Famines and the Making of the Third World*. London: Verso.

- De las Casas, Fr. Bartolomé (1552): *Breuissima relacion de la destruyción de las Indias*. Seuilla: En casa de Sebastian Trugillo, impressor de libros.
- De Zayas, Alfred M. (1994): *Terrible Revenge: The Ethnic Cleansing of the East European Germans, 1944-1950*. New York: St. Martin's Press.
- Del Boca, Angelo (2005): *Italiani, brava gente? : Un mito duro a morire*. Vicenza-Milan: Neri Pozza.
- Deutsch, Karl W. (1953): *Nationalism and Social Communication: An Inquiry into the Foundations of Nationality*. Cambridge, Mass.: Technology Press of the Massachusetts Institute of Technology/New York: Wiley, 1 ed.
- Dikötter, Frank (2008): *The Age of Openness: China before Mao*. Berkeley: University of California Press.
- Dikötter, Frank (2010): *Mao's Great Famine: The History of China's Most Devastating Catastrophe (1958-62)*. London: Bloomsbury.
- Ehle, John (1988): *Trail of Tears: The Rise and Fall of the Cherokee Nation*. New York: Doubleday, 1 ed.
- Elkins, Caroline (2005): *Imperial Reckoning: The Untold Story of Britain's Gulag in Kenya*. New York: Henry Holt & Co./ London: Pimlico.
- Faraldo, José María (2008): *Europe, Nationalism, Communism: Essays on Poland*. Frankfurt am Main; New York: P. Lang.
- Fenton, Steve (2010): *Ethnicity*. Cambridge, UK: Polity, 2 ed.
- Fettweis, Christopher J. (2003): «War as catalyst: Moving World War II to the center of Holocaust scholarship», *Journal of Genocide Research*, 5, 2, pp. 225-236.
- Fishman, Joshua A. (1982): «Whorfianism of the Third Kind: Ethnolinguistic Diversity as a Worldwide Societal Asset (The Whorfian Hypothesis: Varieties of Validation, Confirmation, and Disconfirmation II)», *Language in Society*, 11, 1, pp. 1-14.
- Fishman, Joshua A. (1997): *In Praise of the Beloved Language: Comparative View of Positive Ethnolinguistic Consciousness*. Berlin/New York: Mouton de Gruyter.
- Fixico, Donald L. (2009): «The Federal Indian Relocation Programme of the 1950s and the Urbanization of Indian Identity», in R. Bessel & C.B. Haake (eds.): *Removing Peoples. Forced Removal in the Modern World*. Oxford: Oxford University Press, pp. 107-130.
- Fleming, Michael (2010): «The ethno-religious ambitions of the Roman Catholic Church and the ascendancy of communism in post-war Poland (1945-50)», *Nations and Nationalism*, 16, 4, pp. 637-656.
- Foucault, Michel (1979): *Discipline and Punish: The Birth of Prison*. New York: Vintage Books.
- Gellner, Ernest (2006): *Nations and Nationalism*. London: Wiley-Blackwell/Oxford: Basil Blackwell/Ithaca: Cornell University Press [1st. ed , 1983], 2 ed.
- Gentile, Emilio (1999): *Il mito dello Stato nuovo: dal radicalismo nazionale al fascismo*. Bari/Roma: Laterza.

- Gentile, Emilio (2008a): *L'apocalisse della modernità: la Grande Guerra per l'uomo nuovo*. Milano: Mondadori.
- Gentile, Emilio (ed.): (2008b): *Modernità totalitaria: il fascismo italiano*. Roma/Bari: Laterza.
- Gerlach, Christian (2010): *Extremely Violent Societies. Mass Violence in the Twentieth-Century World*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Gewald, Jan-Bart (1999): *Herero Heroes: A Socio-Political History of the Herero of Namibia (1890-1923)*. Oxford/Athens: James Currey/Ohio University Press.
- Gewald, Jan-Bart (2004): «Namibia (German South West Africa and South West Africa)», in D.L. Shelton (ed.): *Encyclopedia of Genocide and Crimes Against Humanity*. New York: Macmillan Reference USA.
- Gottesman, Itzik Nakhmen (2003): *Defining the Yiddish Nation: The Jewish Folklorists of Poland*. Detroit: Wayne State University Press.
- Grégoire, Henri (1995): *Rapport sur la nécessité et les moyens d'anéantir les patois et d'universaliser l'usage de la langue française*. Nîmes: Arts et traditions rurales/C. Lacour [Original: Paris, Imprimerie nationale, 1794].
- Grégoire, Henri & Convention Nationale (1794): *Convention nationale. Instruction publique. Rapport sur la nécessité et les moyens d'anéantir les patois et d'universaliser l'usage de la langue française, par Grégoire. Suivi du décret de la Convention nationale. Imprimés par ordre de la Convention nationale, et envoyés aux autorités constituées, aux sociétés populaires, et à toutes les communes de la République*. Paris: Imprimerie nationale.
- Griffin, Roger (2007a): *Modernism and Fascism: The Sense of a Beginning under Mussolini and Hitler*. Basingstoke: Palgrave Macmillan.
- Griffin, Roger (2007b): «Tunnel visions and mysterious trees: modernist projects of national and racial regeneration (1880-1939)», in M. Turda & P. Weindling (eds.): *Blood and homeland: eugenics and racial nationalism in Central and Southeast Europe (1900-1940)*. Budapest: Central European University Press, pp. 417-456.
- Hancock, Ian (1991): «Gypsy history in Germany and neighboring lands: A chronology to the holocaust and beyond», *Nationalities Papers*, 19, 3, pp. 395-412.
- Harff, Barbara (2003): «No Lessons Learned from the Holocaust? Assessing Risks of Genocide and Political Mass Murder since 1955», *American Political Science Review*, 97, 1, pp. 57-73.
- Harff, Barbara & Ted Robert Gurr (1988): «Toward Empirical Theory of Genocides and Politicides: Identification and Measurement of Cases Since 1945», *International Studies Quarterly*, 32, 3, pp. 359-371.
- Harries, Meirion & Susie Harries (1991): *Soldiers of the Sun: The Rise and Fall of the Imperial Japanese Army*. London: Heinemann/New York: Random House.
- Hastings, Adrian (1997): *The Construction of Nationhood: Ethnicity, Religion and Nationalism*. Cambridge: Cambridge University Press.

- Hilberg, Raul (1961): *The Destruction of the European Jews*. Chicago: Quadrangle Books, 1 ed.
- Hobsbawm, Eric J. (1990a): *Echoes of the Marseillaise: Two Centuries Look Back on the French Revolution*. New Brunswick, N.J.: Rutgers University Press.
- Hobsbawm, Eric J. (1990b): *Nations and Nationalism since 1780: Programme, Myth and Reality*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Hobsbawm, Eric J. (1994): *The Age of Extremes: The Short Twentieth Century (1914-1991)*. New York: Pantheon Books.
- Hochschild, Adam (1998): *King Leopold's Ghost: A Story of Greed, Terror and Heroism in Colonial Africa*. Boston: Houghton Mifflin.
- Hovanissian, Anush (1998): «Turkey: a cultural genocide», in L. Chorbajian & G. Shirinian (eds.): *Studies in Comparative Genocide*. Houndmills, Basingstoke, Hampshire: Macmillan Press, pp. 147-156.
- Hovannisian, Richard G. (ed.) (1986): *The Armenian Genocide in Perspective*. New Brunswick [N.J.]: Transaction Books.
- Hovannisian, Richard G. (2007): «The Armenian genocide: wartime radicalization or premeditated continuum?», in R.G. Hovannisian (ed.): *The Armenian Genocide: Cultural and Ethical Legacies*. New Brunswick, N.J.: Transaction Publishers, pp. 3-17.
- Hoxie, Frederick E. (1984): *A Final Promise: The Campaign to Assimilate the Indians (1880-1920)*. Lincoln, Neb.: University of Nebraska Press.
- Hughes, James (2007): *Chechnya: From Nationalism to Jihad* Philadelphia, Pa.: University of Pennsylvania Press.
- Huttenbach, Henry R. (1991): «The Romani porajmos: The nazi genocide of Europe's gypsies», *Nationalities Papers*, 19, 3, pp. 373-394.
- Jones, Adam (2006a): *Genocide: A Comprehensive Introduction*. London: Routledge.
- Jones, Adam (2006b): «Why gendercide? Why root-and-branch? A comparison of the Vende uprising of 1793-94 and the Bosnian war of the 1990s», *Journal of Genocide Research*, 8, 1, pp. 9-25.
- Jones, Adam (ed.) (2008): *Genocide*. London: SAGE.
- Kaligian, Dikran M. (2008): «A prelude to genocide: CUP population policies and provincial insecurity (1908-14)», *Journal of genocide research*, 10, 1, pp. 77-94.
- Kallis, Aristotle A. (2009): *Genocide and Fascism: The Eliminationist Drive in Fascist Europe*. London: Routledge.
- Karakasidou, Anastasia N. (1997): *Fields of Wheat, Hills of Blood: Passages to Nationhood in Greek Macedonia (1870-1990)*. Chicago: University of Chicago Press.
- Kaye, James & Bo Stråth (eds.): (2000): *Enlightenment and Genocide: Contradictions of Modernity*. Bruxelles: Presses Interuniversitaires Européennes (P.I.E.)-Peter Lang.

- Kinzer, Stephen (2006): *Overthrow: America's Century of Regime Change from Hawaii to Iraq*. New York: Times Books/Henry Holt.
- Kitromilides, Paschalis M. (1989): «“Imagined Communities” and the Origins of the National Question in the Balkans», *European History Quarterly*, 19, 2, pp. 149-192.
- Klein, Janet (2007): «Kurdish nationalists and non-nationalist Kurdistans: rethinking minority nationalism and the dissolution of the Ottoman Empire (1908-1909)», *Nations and Nationalism*, 13, 1, pp. 135-153.
- Krag, Helen (2003): «Chechnya and the Caucasus», in F. Daftary & S. Troebst (eds.): *Radical Ethnic Movements in Contemporary Europe*. Oxford: Berghahn Books, pp. 71-83.
- Kramer, Alan (2007): *Dynamic of Destruction. Culture and Mass Killing in the First World War*. Oxford: Oxford University Press.
- Kriwaczek, Paul (2005): *Yiddish Civilization: The Rise and Fall of a Forgotten Nation*. London: Weidenfeld & Nicolson.
- Künzler, Jakob (2007): *In the Land of Blood and Tears: Experiences in Mesopotamia during the World War (1914-1918): (Im Lande des Blutes und der Tränen)*. Arlington, Mass.: Armenian Cultural Foundation.
- Künzler, Jakob (1999): *Im Lande des Blutes und der Tränen: Erlebnisse in Mesopotamien während des Weltkrieges (1914-1918)*. Zürich: Chronos (1st ed., Potsdam: Tempel, 1921).
- La Branche, Stéphane (2005): «Abuse and Westernization: Reflections on Strategies of Power», *Journal of Peace Research*, 42, 2, pp. 219-235.
- Latouche, Serge (1996): *The Westernization of the World: The Significance, Scope and Limits of the Drive Towards Global Uniformity*. Cambridge: Polity Press.
- Lebrun, François (1985): «La Guerre de Vendée: Massacre ou Génocide?», *L'Histoire*, 78, pp. 93-99.
- Levene, Mark (2000): «Why is the twentieth century the century of genocide?», *Journal of World History*, 11, 2, pp. 305-336.
- Levene, Mark (2002): «Port Jewry of Salonika: Between Neo-colonialism and Nation-state», in D. Cesarani (ed.): *Port Jews: Jewish Communities in Cosmopolitan Maritime Trading Centres (1550-1950)*. London/ Portland, OR: Frank Cass, pp. 125-154.
- Levene, Mark (2003): «“Ni grec, ni bulgare, ni turc”: Salonika Jewry and the Balkan Wars (1912-1913)», in D. Diner (ed.): *Jahrbuch des Simon-Dubnow-Instituts (Simon Dubnow Institute Yearbook)*. Stuttgart: Deutsche Verlags-Anstalt, pp. 65-97.
- Levene, Mark (2005): *Genocide in the Age of the Nation State: The Rise of the West and the Coming of Genocide*. London: I.B. Tauris.
- Levene, Mark & Daniele Conversi (2013): «Subsistence Societies, Globalisation and Climate Change: Discourses of Vulnerability and Resilience», *Journal of Genocide Research*, pp. forthcoming (special issue on «Climate Change and Genocides», ed. by Jürgen Zimmerer).

- Levene, Mark & Penny Roberts (eds.) (1999): *The Massacre in History*. New York: Berghahn Books.
- Lewkowicz, Bea (2006): *The Jewish Community of Salonika: History, Memory, Identity*. London: Vallentine Mitchell.
- Lieberman, Benjamin David (2006): *Terrible Fate: Ethnic Cleansing in the Making of Modern Europe*. Chicago: Ivan R. Dee Publisher.
- Lyons, Maryinez (1992): *The Colonial Disease: A Social History of Sleeping Sickness in Northern Zaire (1900-1940)*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Mann, Michael (2005): *The Dark Side of Democracy. Explaining Ethnic Cleansing*. Cambridge: Cambridge University Press.
- May, Glenn Anthony (1980): *Social Engineering in the Philippines: The Aims, Execution, and Impact of American Colonial Policy (1900-1913)*. Westport, Conn.: Greenwood Press.
- Mazower, Mark (1995): «Historians at war (Greece, 1940-1950)», *Historical Journal*, 38, 2, pp. 499.
- Mazower, Mark (1999): *Dark Continent: Europe's Twentieth Century*. New York: A.A. Knopf (distributed by Random House)/ London: Penguin.
- Mazower, Mark (2005): *Salonica, City of Ghosts: Christians, Muslims and Jews (1430-1950)*. New York: Alfred A. Knopf.
- McCarthy, Justin (1983): *Muslims and Minorities: Population of Ottoman Anatolia and the End of the Empire*. New York: New York University Press.
- McCarthy, Justin (1995): *Death and Exile: The Ethnic Cleansing of Ottoman Muslims (1821-1922)*. Princeton, N.J.: Darwin Press.
- McCarthy, Justin (2001): *The Ottoman Peoples and the End of Empire*. London: Arnold.
- Melson, Robert F. (1992): *Revolution and Genocide: On the Origins of the Armenian Genocide and the Holocaust*. Chicago: University of Chicago Press.
- Melson, Robert F. (1996): «The Armenian Genocide as Precursor and Prototype of Twentieth-Century Genocide», in A.S. Rosenbaum (ed.): *Is the Holocaust Unique?: Perspectives on Comparative Genocide*. Boulder, Colo.: Westview Press, pp. 87-100.
- Melucci, Alberto & Mario Diani (1983): *Nazioni senza stato: i movimenti etnico-nazionali in Occidente*. Torino: Loescher.
- Melvern, Linda R. (2007): *Un pueblo traicionado: el papel de occidente en el genocidio de Ruanda*. Barcelona: Intermón Oxfam Editorial.
- Moses, Dirk A. (2010): «Raphael Lemkin, culture, and the concept of genocide», in D. Bloxham & A.D. Moses (eds.): *The Oxford Handbook of Genocide Studies*. Oxford: Oxford University Press, pp. 19-41 (ch. 11).
- Mosse, George L. (1975): *The Nationalization of the Masses. Political Symbolism and Mass Movements in Germany from the Napoleonic Wars through the Third Reich*. New York: H. Fertig, 1 ed.

- Mosse, George L. (1985): *German Jews beyond Judaism*. Bloomington: Indiana University Press, 1 ed.
- Naimark, Norman M. (2001): *Fires of Hatred: Ethnic Cleansing in Twentieth-Century Europe* Cambridge, Mass.: Harvard University Press.
- Nairn, Tom (1977): *The Break-Up of Britain: Crisis and Neo-Nationalism*. London: NLB, New Left Books, 1 ed.
- Núñez Seixas, Xosé Manoel (2007): *Imperios de muerte: la guerra germano-soviética, 1941-1945*. Madrid: Alianza.
- O'Rourke, Shane (2009): «Trial Run: The Deportation of the Terek Cossacks 1920», in R. Bessel & C.B. Haake (eds.): *Removing Peoples. Forced Removal in the Modern World*. Oxford: Oxford University Press, pp. 255-279.
- Obolensky, Dimitri (1948): *The Bogomils: A Study in Balkan Neo-Manichaeism*. Cambridge: The University Press.
- Pagden, Anthony (1982): *The Fall of Natural Man: The American Indian and the Origins of Comparative Ethnology*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Payaslian, Simon (2006): «The Destruction of the Armenian Church during the Genocide», *Genocide Studies and Prevention*, 1, 2, pp. 149-172.
- Perdue, Theda & Michael D. Green (eds.): (1995): *The Cherokee Removal: A Brief History with Documents*. New York: Bedford Books of St. Martin's Press.
- Perdue, Theda & Michael D. Green (2007): *The Cherokee Nation and the Trail of Tears*. New York: Viking.
- Pohl, J. Otto (1999): *Ethnic Cleansing in the USSR (1937-1949)*. Westport, Conn.: Greenwood Press.
- Porter, Brian (2000): *When Nationalism Began to Hate: Imagining Modern Politics in Nineteenth-Century Poland*. Oxford: Oxford University Press.
- Powell, Christopher (2011): *Barbaric Civilization: A Critical Sociology of Genocide*. Montreal, QC: McGill-Queen's University Press.
- Power, Samantha (2005): *Problema Infernal: Estados Unidos en la Era del Genocidio*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Power, Samantha (2007): *A Problem From Hell: America and the Age of Genocide*. New York: Harper Perennial, 3 ed.
- Prauser, Steffen & Arfon Rees (eds.) (2004): *The Expulsion of the «German» Communities from Eastern Europe at the End of the Second World War*. Badia Fiesolana, San Domenico (FI): European University Institute, Department of History and Civilization.
- Prestwich, Menna (1988): «The Revocation of the Edict of Nantes», *History*, 73, 237, pp. 63-73.
- Purdy, Daniel L. (1998): *The Tyranny of Elegance: Consumer Cosmopolitanism in the Era of Goethe*. Baltimore, Md: The Johns Hopkins University Press.
- Rae, Heather (2002): *State Identities and the Homogenisation of Peoples*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Ramet, Sabrina P. (2006): *The Three Yugoslavias: State-Building and Legitimation (1918-2005)*. Washington, D.C.: Woodrow Wilson Center Press.

- Romaine, Suzanne (2002): «The Impact of Language Policy on Endangered Languages», *International Journal of Multicultural Societies*, 4, 2, pp. 1-28.
- Rosenbaum, Alan S. (ed.): (1996): *Is the Holocaust Unique?: Perspectives on Comparative Genocide*. Boulder, Colo.: Westview Press.
- Roudometof, Victor (2001): *Nationalism, Globalization, and Orthodoxy: The Social Origins of Ethnic Conflict in the Balkans*. Westport, CT: Greenwood Press.
- Rummel, R.J. (1994): *Death by Government*. New Brunswick, U.S.A.: Transaction Publishers.
- Schaller, Dominik J. & Jürgen Zimmerer (eds.): (2009): *Late Ottoman Genocides: The Dissolution of the Ottoman Empire and Young Turkish Population and Extermination Policies*. London: Routledge.
- Schaller, Dominik J. & Jürgen Zimmerer (2008): «Late Ottoman genocides: the dissolution of the Ottoman Empire and Young Turkish population and extermination policies: introduction», *Journal of Genocide Research*, 10, 1, pp. 7-14.
- Schama, Simon (1990): *Citizens: A Chronicle of the French Revolution*. New York: Vintage Books/London: Penguin.
- Schraeder, Peter J. (1986): «Involuntary migration in Somalia: the politics of resettlement», *Journal of Modern African Studies*, 24, 4, pp. 641-662.
- Scott, James C. (1998): *Seeing Like a State: How Certain Schemes to Improve the Human Condition Have Failed*. New Haven: Yale University Press.
- Scurr, Ruth (2006): *Fatal Purity: Robespierre and the French Revolution*. New York: Metropolitan Books/London: Vintage.
- Secher, Reynald (2003): *A French Genocide: the Vendée*. Notre Dame, Ind: University of Notre Dame Press.
- Sengoopta, Chandak (2003): *Imprint of the Raj: How Fingerprinting Was Born in Colonial India*. London: Macmillan.
- Shakya, Tsering (1999): *The Dragon in the Land of Snows: A History of Modern Tibet since 1947*. New York: Columbia University Press.
- Shaw, Martin (2003): *War and Genocide: Organized Killing in Modern Society*. Cambridge: Polity Press/ Blackwell.
- Shenfield, Stephen D. (1999): «The Circassians: A Forgotten Genocide?», in M. Levene & P. Roberts (eds.): *The Massacre in History*. Oxford: Berghahn Books, pp. 149-162.
- Shields, Sarah D. (2011): *Fezzes in the River. Identity Politics and European Diplomacy in the Middle East on the Eve of World War II*. Oxford: Oxford University Press.
- Shōichi, Amemiya (1998): «Self-renovation of existing social forces and *Gleichschaltung*: the total-war system and the middle classes», in Y. Yamanouchi, J.V. Koschmann & R. Narita (eds.): *Total War and «Modernization»*. Ithaca, N.Y.: Cornell University East Asia Program, pp. 209-238.

- Skutnabb-Kangas, Tove (2000): *Linguistic Genocide in Education: Or Worldwide Diversity and Human Rights?* Mahwah, N.J.: L. Erlbaum Associates.
- Smith, Anthony D. (1998): *Nationalism and Modernism: A Critical Survey of Recent Theories of Nations and Nationalism*. London: Routledge.
- Smith, Anthony D. (2004): «Dating the nation», in D. Conversi (ed.): *Ethnonationalism in the Contemporary World: Walker Connor and the Study of Nationalism*. 2 ed. London/New York: Routledge, pp. 53-71.
- Smith, Anthony D. (2010): *Nationalism: Theory, Ideology, History*. London: Wiley-Blackwell, 2 ed.
- Solonari, Vladimir (2010): *Purifying the Nation: Population Exchange and Ethnic Cleansing in Nazi-Allied Romania*. Washington, D.C.: Woodrow Wilson Center Press.
- Stannard, David E. (1996): «Uniqueness as Denial: The Politics of Genocide Scholarship», in A.S. Rosenbaum (ed.): *Is the Holocaust Unique?: Perspectives on Comparative Genocide*. Boulder, Colo.: Westview Press, pp. 163-208.
- Steinmetz, George (ed.): (1999): *State/Culture: State-Formation after the Cultural Turn*. Ithaca: Cornell University Press.
- Suny, Ronald Grigor, Fatma Müge Göçek & Norman M. Naimark (eds.) (2011): *A Question of Genocide: Armenians and Turks at the End of the Ottoman Empire*. Oxford: Oxford University Press.
- Tilly, Charles (1985): «War making and state making as organized crime», in P.B. Evans, D. Rueschemeyer & T. Skocpol (eds.): *Bringing the State Back In*. Cambridge: Cambridge University Press, pp.
- Tilly, Charles (1992): *Coercion, Capital, and European States, AD 990-1990*. Cambridge, MA/Oxford: Blackwell, 2 ed.
- Tilse, Mark (2011): *Transnationalism in the Prussian East: From National Conflict to Synthesis (1871-1914)*. Houndmills, Basingstoke, Hampshire/New York: Palgrave Macmillan.
- Tolman, William Howe (1909): *Social Engineering: A Record Of Things Done By American Industrialists Employing Upwards Of One And One-Half Million Of People*. New York: McGraw pub. co.
- Toynbee, Arnold (1922): *The Western Question in Greece and Turkey: a Study in the Contact of Civilizations*. Boston: Houghton Mifflin.
- Traxel, David (1998): *1898: The Birth of the American Century*. New York: Knopf, 1st American ed.
- Uehling, Greta Lynn (2004): *Beyond Memory: The Crimean Tatars' Deportation and Return*. New York: Palgrave Macmillan.
- Üngör, Uğur Ümit (2006): «When Persecution Bleeds into Mass Murder: The Processive Nature of Genocide», *Genocide Studies and Prevention*, 1, 2, pp. 173-196.
- Üngör, Uğur Ümit (2008): «Seeing like a nation-state: Young Turk social engineering in Eastern Turkey (1913-50)», *Journal of genocide research*, 10, 1, pp. 15-39.

- Üngör, Uğur Ümit (2011a): *The Making of Modern Turkey. Nation and State in Eastern Anatolia (1913-50)*. Oxford: Oxford University Press.
- Üngör, Uğur Ümit (2011b): «“Turkey for the Turks”: Demographic Engineering in Eastern Anatolia (1914-1945)», in R.G. Suny, F.M. Göçek & N.M. Naimark (eds.): *A Question of Genocide: Armenians and Turks at the End of the Ottoman Empire*. Oxford: Oxford University Press.
- Üngör, Uğur Ümit & Mehmet Polatel (2011): *Confiscation and Destruction: The Young Turk Seizure of Armenian Property*. London/New York: Continuum.
- Vassilikou, Maria (2002): «Greeks and Jews in Salonika and Odessa: Inter-ethnic Relations in Cosmopolitan Port Cities», in D. Cesarani (ed.): *Port Jews: Jewish Communities in Cosmopolitan Maritime Trading Centres (1550-1950)*. London/ Portland, OR: Frank Cass.
- Vinding, Diana (ed.): (2004): *El mundo indígena*. Copenhagen: IWGIA.
- Weber, Eugen (1976): *Peasants into Frenchmen: The Modernization of Rural France (1870-1914)*. Stanford, Calif.: Stanford University Press.
- Weiner, Amir (2003): *Landscaping the Human Garden: Twentieth-Century Population Management in a Comparative Framework*. Stanford, Calif.: Stanford University Press.
- Weinstein, Miriam (2001): *Yiddish: A Nation of Words*. South Royalton, Vermont: Steerforth Press/New York: Ballantine Books, 1st ed.
- Weis, René J.A. (2001): *The Yellow Cross: The Story of the Last Cathars (1290-1329)*. New York: Alfred A. Knopf/London: Viking.
- Weitz, Eric D. (2003): *A Century of Genocide: Utopias of Race and Nation*. Princeton, N.J.: Princeton University Press.
- Weitz, Eric D. (2011): «Germany and the Young Turks: Revolutionaries into Statesmen», in R.G. Suny, F.M. Göçek & N.M. Naimark (eds.): *A Question of Genocide: Armenians and Turks at the End of the Ottoman Empire*. Oxford: Oxford University Press.
- Wilson, Christie Sample (2011): *Beyond Belief: Surviving the Revocation of the Edict of Nantes in France*. Lanham, Md.: Lehigh University Press.
- Winter, Jay (2003): «Under cover of war: The Armenian genocide in the context of total war», in R. Gellately & B. Kiernan (eds.): *The Specter of Genocide: Mass Murder in Historical Perspective*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Zarkovic Bookman, Milica (1997): *The Demographic Struggle for Power: The Political Economy of Demographic Engineering in the Modern World*. Portland, Ore.: Frank Cass/ London: Routledge.
- Zimmerer, Jürgen & Joachim Zeller (eds.) (2008): *Genocide in German South-West Africa: The Colonial War of 1904-1908 and Its Aftermath*. Monmouth, Wales: Merlin Press.